

Relaciones familiares y comunitarias (primarias) como parte del capital social

Con especial referencia a los
cuidados

Rosalía Mota
Universidad Pontificia de Comillas

Fernando Fantova
Consultor Social



FUNDACIÓN FOESSA
FOMENTO DE ESTUDIOS SOCIALES
Y DE SOCIOLOGÍA APLICADA

1. Presentación

Lo que pretendemos en las siguientes páginas es aproximarnos a ofrecer un cierto retrato (o relato) acerca de la evolución reciente, el estado actual y las perspectivas futuras de una parte o dimensión del capital social en España: la relativa a las redes familiares y comunitarias primarias (o informales), con especial atención a los cuidados en el seno de dichas redes y relaciones. Lógicamente, en ocasiones, haremos referencia a fenómenos o procesos que desbordan el contexto español, aunque éste será nuestra referencia. En cuanto al marco temporal, intentaremos hacer una narración o *foto* de actualidad abierta al futuro, aunque veremos que algunas de las situaciones o realidades actuales se entienden desde procesos que llevan aconteciendo varias décadas. Otras, en cambio, se analizarán, más bien, a partir de la crisis económica y social cuyo comienzo cabe datar, más o menos, en el momento en el que se publica el anterior Informe FOESSA (2008). Nuestras descripciones, análisis y valoraciones pretenderán tener bases sólidas (en datos cuantitativos, en hallazgos cualitativos, en lo que han encontrado otras autoras, en trabajos anteriores...) sin renunciar a un carácter reflexivo y propositivo, esperemos que capaz de identificar algunas oportunidades y desafíos para los agentes interesados e implicados... Será fuente de información principal la encuesta realizada por la Fundación FOESSA en 2013 para su informe de 2014.

2. Las relaciones familiares y comunitarias (primarias), y, específicamente, los cuidados (en su seno), como parte del capital social

En estas páginas queremos referirnos a una parte o dimensión del capital social que, quizá, suele ser menos visible que otras. Por decirlo metafóricamente, nuestra cámara cinematográfica que está rodando acerca del capital social hace un *travelling* y abandona la fiesta reivindicativa que está teniendo lugar en la plaza del barrio y se cuela por la ventana de una casa donde nos lleva a la mesa camilla en la que una mujer está dando la comida a su padre con Alzheimer. Los vínculos de confianza que hacen posible y explican en buena medida la celebración y la manifestación que está teniendo lugar en la plaza son capital social, son un patrimonio valioso con el que cuenta el vecindario de ese barrio (y cada uno de sus miembros) como factor y promotor de su calidad de vida. El vínculo de confianza existente entre el hombre y la mujer que vemos tras entrar con nuestra cámara por la ventana de su casa también es capital social, también es un patrimonio valioso como factor y promotor de la calidad de vida de esa mujer y, en este momento, posiblemente, de forma especial, de ese hombre. Sin embargo quizá por tener lugar en el ámbito privado de una vivienda, la escena de la mujer y el hombre nos viene menos a la mente que la de la plaza cuando hablamos y escribimos sobre el capital social.

Pero no vamos a hablar sólo de las relaciones familiares de cuidado a personas con limitaciones funcionales sino del conjunto de relaciones familiares (relaciones de parentesco más directo o indirecto, con un contacto más o menos intenso) y del conjunto de relaciones comunitarias primarias, no formalizadas, que permanecen informales, es decir, que no se producen o traducen en organizaciones estructuradas (donde se da la socialización *secundaria*): desde vínculos fuertes de amistad hasta vínculos débiles (Granovetter, 2000: 41) de reconocimiento, en ocasiones relacionados con el hecho de compartir una misma vivienda, un mismo vecindario, un mismo barrio o pueblo... Vínculos que se cultivan y alimentan presencialmente o, también, a través del teléfono, a través de Internet y las redes sociales...

A la hora de dotarnos de conceptos de referencia, nos parece útil la aportación de Gerardo Meil (basándose en Vern Bengtson y Robert Roberts) para analizar la *solidaridad familiar* (que él extiende y considera útil más allá de la familia, a las personas amigas y otras), que define como

las “normas y prácticas de ayuda mutua entre los miembros de la familia” (Meil, 2011: 22). Según estos autores, cabe fijarse, al menos, en:

- Las normas que las personas asumen en cuanto a la ayuda.
- Las estructuras familiares: tamaño, composición, proximidad... (que hacen más o menos posible o probable la ayuda).
- La frecuencia e intensidad de las interacciones.
- Los sentimientos o afectos entre los miembros de la familia o red.
- La aportación efectiva de recursos o atenciones.

Nos parece equiparable esa solidaridad o esa ayuda a la que hace referencia Meil con el *apoyo social* del que se ha ocupado la psicología comunitaria, existiendo “un amplio acuerdo entre los investigadores en distinguir al menos tres funciones fundamentales del apoyo social: el apoyo emocional, el apoyo instrumental (también denominado apoyo material o tangible o ayuda práctica) y el apoyo informacional (que incluye además el consejo, orientación o guía)” (Gracia, 1997: 24). En cuanto a los *cuidados*, Constanza Tobío y otras autoras los vinculan con la finalidad de “asegurar el mantenimiento básico de las personas [lo que] requiere toda una serie de tareas muy variadas encaminadas a asegurar la nutrición, la higiene, el abrigo o el descanso, elementos todos ellos imprescindibles para la supervivencia” (Tobío *et al.*, 2010: 12). No conviene, en todo caso, descuidar los aspectos afectivos y emocionales implicados en la relación de cuidado, tanto para la persona cuidada como para aquella que cuida, que son una variable fundamental para la capitalización en términos de bienestar relacional familiar y comunitario (Nolan, 2000). Si entendemos el capital social como un conjunto de vínculos o relaciones, cabría referirse al apoyo social (o la ayuda, la solidaridad) como una parte o dimensión de ese conjunto de vínculos y relaciones y al cuidado o los cuidados como una parte o dimensión de los apoyos. Serían tres muñecas rusas: relaciones, apoyos, cuidados. Aunque también es cierto que los tres conceptos (las relaciones o vínculos; el apoyo, ayuda o solidaridad; el cuidado) representan o evocan lógicas o dinámicas que permean y enriquecen a las otras, atravesadas todas ellas por el elemento común que representa la confianza (Vidal *et al.*, 2011: 224-226). Carol Gilligan, por ejemplo, reivindica la experiencia, la lógica y la *ética del cuidado* (mucho más presente, históricamente, en las mujeres que en los varones) como una *propuesta* válida para todas las personas y todas las esferas de la vida social, complementaria con la *ética de la justicia*. Del mismo modo, reivindicará Adela Cortina la *alianza*, pues no basta con el *contrato* (Cortina, 2001).

En la medida en que una parte de los cuidados (lo mismo vale, en conjunto, para los apoyos...) pueden ser (y son, de hecho) profesionalizados, cabe distinguir (y se distingue habitualmente) entre cuidados profesionales y no profesionales. Entendemos, en todo caso, que podemos hablar de un *universal antropológico* en virtud del cual, inicial o primariamente, la vulnerabilidad humana (del todo punto evidente en el momento de nacer y por muchos años y en muchos momentos de nuestra vida) llama a un cuidado que se produzca en el seno de las relaciones familiares o, en todo caso, de relaciones no mercantilizadas, profesionalizadas o formalizadas. Leonardo Boff lo expresa señalando que “antes que cualquier otra cosa, el ser humano es alguien que debe ser cuidado” (Boff, 2012: 36). Lógicamente, en lo tocante a los cuidados o a otros apoyos (en lo tocante a la educación, por poner otro ejemplo), las personas necesitamos, también, atención formalizada o profesional, pero ha de entenderse que no se trata del mismo *producto* con dos *proveedores* diferentes, sino de diferentes procesos y efectos: hay aspectos o dimensiones del cuidado (o, en general, de los apoyos) que sólo pueden ser fruto de relaciones familiares o comunitarias (primarias en todo caso), del mismo modo que hay aspectos o dimensiones del cuidado (o apoyos) que sólo pueden ser obra de profesionales en el marco de relaciones formalizadas. Apoyándose en Gøsta Esping Andersen y María Ángeles Durán recordará Rafael Aliena que no hay equivalencia funcional entre las diferentes esferas implicadas en nuestro bienestar (Aliena, 2012: 129) y, como señala Constanza Tobío (refiriéndose específicamente a la participación del sector público en los cuidados), “los recursos estatales se añaden a los de la propia familia y a otros posibles en estrategias complejas que permiten responder de manera flexible a las necesidades de cuidado de las

personas. Incluso la acción estatal puede estimular la solidaridad familiar, generando formas de ayuda que de no existir aquella no se darían” (Tobío, 2013: 38). No habría, por tanto, en principio, un juego de suma cero entre cuidado (o apoyo) familiar y profesional sino una multiplicación de la capacidad instalada y del valor agregado compartido para hacer frente a la complejidad.

A la hora de identificar o diferenciar las relaciones, apoyos o cuidados de los que vamos a hablar en estas páginas se utilizan (utilizaremos) en ocasiones expresiones negativas tales como: *no profesionales, informales*. No suelen resultar del todo satisfactorias estas maneras de referirse a algo por lo que *no* es. Se habla, a veces, de apoyos naturales (recursos naturales, decía Mary Richmond, pionera del trabajo social), aunque el término que preferiremos es el de relaciones *primarias* (en referencia a la socialización primaria) por oposición a las relaciones correspondientes a la socialización secundaria (la que se produce en las organizaciones formales, tales como la escuela, la empresa...). También podríamos llamar *capital relacional* a esta parte del capital social, entendida como la resultante de la conexión y participación en redes familiares, amicales y comunitarias informales, de las relaciones primarias de las personas. Sea como fuere, cada vez estamos más de acuerdo en que la exclusión no sólo es (y causa) privación de recursos económicos y financieros, sino que es (y causa), también, debilitamiento de los vínculos y desestructuración de las familias y las comunidades en las que las personas encuentran apoyo, identidad, y marcos de sentido para el desenvolvimiento de su vida personal y su vinculación con otras.

Como apuntábamos con Gerardo Meil, cuando hablamos de relaciones sociales primarias, es conveniente distinguir entre estructura (red), y contenidos y recursos específicos que fluyen a través de los vínculos (apoyo) (Otero *et al.*, 2006). Entre las características estructurales de las relaciones de las personas es importante considerar el tamaño de la red social (cuántos parientes, amigos... se tiene); su proximidad, no sólo física sino también afectiva (en términos de intensidad y satisfacción con las relaciones que se tienen) y su diversidad (ya que las diferentes personas con las que nos vinculamos nos proporcionan de hecho diferentes tipos de apoyo). Puede decirse que no existe una correlación perfecta entre la estructura de la red social y la provisión de apoyo. La ayuda mutua entre familiares, amigos y otros está mediada por las normas que las personas asumen en cuanto a la ayuda, las representaciones que éstas tienen sobre el cuidado, o la historia de la relación entre los miembros de la familia o la red, entre las características más significativas.

Lógicamente existen notables conexiones e influencias entre esta parte o dimensión del capital social (la familiar y comunitaria primaria) y el capital social que se expresa y se construye a través de la acción voluntaria, la participación asociativa y vinculación organizativa de las personas (que también puede considerarse o tener dimensión comunitaria). Del mismo modo que existe gran conexión e influencia entre los procesos de capitalización social y de capitalización cultural. A partir de las aportaciones de Michael Woolcock y Robert Putnam, cabe referirse a la sinergia existente entre el capital social *bonding* (aquel que nos enlaza a las personas más cercanas, más similares, más próximas), *bridging* (aquel que nos sirve de puente con personas menos cercanas o próximas, al que nos ubica en grupos o colectivos más heterogéneos) y *linking* (capacidad para obtener recursos, ideas e informaciones desde las instituciones u organizaciones formales).

También conviene señalar en este momento que, si bien hemos hablado de un universal antropológico que proyecta a las personas hacia el cuidado y el apoyo familiar y comunitario y del valor e impacto que tiene para la calidad de vida el capital social (y esta parte o dimensión en particular), no debemos olvidar que, tal como señalaba Enrique Gil Calvo, con el capital social pasa como con el colesterol, que hay del bueno y del malo (Gil Calvo, 2006: 42). Una cosa es decir que el capital relacional familiar y comunitario es, en principio, un factor y promotor de la calidad de vida de las personas y otra cosa es desconocer los fenómenos de maltrato intrafamiliar, control punitivo, identificación excluyente u otros que se pueden dar (y se dan muchas veces) en el seno de las relaciones familiares y comunitarias realmente existentes.

Por otro lado, adoptando el concepto de colonización que utiliza Jürgen Habermas, cabría decir que cada esfera o ámbito de acción y relación entre las personas tiene sentido en y por el valor añadido que aporta y se pervierte y pervierte la vida social en la medida en que su lógica coloniza el espacio que no le corresponde. Es de sentido común y esperable que un padre se interese más por lo que le pasa a su hija que por lo que le pase a María Martínez (a quién no conoce). Lo que no es de recibo es que si su hija y María Martínez se presentan a una oposición pública, él haga algo, desde dentro de la Administración, para beneficiar a su hija. En este sentido se ha hablado del *familismo amoroso*.

En las siguientes páginas, por tanto, vamos a intentar describir, analizar o valorar lo que viene pasando, lo que ocurre, lo que puede acontecer en nuestro entorno en relación con esta dimensión relacional primaria (familiar y comunitaria) de nuestro capital social. Vamos a intentar ver en qué medida hay procesos de capitalización, descapitalización o recapitalización (generación, degeneración, regeneración). En qué medida identificamos conexiones, desconexiones o reconexiones (vinculaciones, desvinculaciones o revinculaciones). En qué medida se observan o se pueden vislumbrar cambios en las características (intensidad, signo...) de estas conexiones o vínculos. Y cómo interactúa lo que le pasa a esta parte de nuestro patrimonio con lo que le ocurre a otros capitales, con lo que acontece en otras esferas de la vida social.

3. Qué sabemos, hoy y aquí, sobre el estado de esta parte o dimensión del capital social

A la hora de tejer nuestro relato acerca de lo que entendemos que está pasando con la parte o dimensión primaria, menos formalizada o más familiar y comunitaria de nuestro capital social, nos vamos a valer, como se verá, de algunos estudios recientes que exploran empíricamente (cualitativa y cuantitativamente) la parcela de la realidad que nos interesa y, fundamentalmente, de la Encuesta FOESSA. Intentaremos que resulte claro en todo momento en qué medida y en qué aspectos nos apoyamos en unas u otras evidencias y en qué momentos o circunstancias aventuramos consideraciones más especulativas. Lo haremos en cinco movimientos: revisión de diversos estudios sobre la situación, primera recapitulación, repaso de la Encuesta FOESSA, segunda recapitulación y análisis de las respuestas políticas a la situación.

3.1. Primera aproximación, de la mano de diversos estudios de referencia

De acuerdo con Gerardo Meil, entendemos que el proceso de individualización del que habla Ulrich Beck, como una de las claves para comprender la llamada modernidad reflexiva (Beck, 2006: 255), es la mejor referencia para preguntarnos y confrontar lo que ha venido ocurriendo en España (y en otros países) en lo tocante a los vínculos y relaciones familiares (y vale también para las comunitarias en general) en las últimas décadas (Zygmunt Bauman sería otro estudioso y pensador al respecto, también). En algunos momentos, en todo caso, avanzaremos o haremos precisiones sobre fenómenos que, en ese marco y dentro de las mismas tendencias, pueden ser más característicos de la crisis económica y social de los últimos años. El proceso de individualización se definiría por una mayor diversidad interpersonal de las trayectorias vitales que vendrían menos determinadas que en etapas anteriores por el contexto físico, relacional o laboral en el que se desenvuelve la persona que, por tanto, ganaría autonomía y, a la vez, se expondría a nuevos riesgos.

Los cambios en la estructura y dinámica de las familias que, en nuestro entorno, se asociarían al proceso de individualización o se entenderían en su seno (Meil, 2011: 15-17) serían, básicamente, los siguientes (primero los enunciaremos de forma sintética y, a continuación,

iremos desarrollándolos y preguntándonos qué estaría ocurriendo, en nuestro contexto, con la parte o dimensión del capital social que se ve afectada por ellos):

- Cambios en el rol que desean desempeñar las mujeres, que se espera de ellas y que, realmente ejercen en el seno de las familias, con una progresiva, aunque lenta y limitada (como veremos), superación de la división sexual del trabajo intrafamiliar.
- Incremento de la posibilidad tecnológica y de la práctica efectiva del control de la natalidad, con la consiguiente disminución de la natalidad (lo cual, unido a los éxitos en salud y calidad de vida, que llevan al aumento de la duración de la vida, reduce el tamaño y modifica la estructura de las familias).
- Consiguiente envejecimiento de la población. Con la mejora en las condiciones de vida de las personas mayores éstas viven durante más tiempo (y solas) y se capitalizan las relaciones, apoyos y cuidados recíprocos entre generaciones, que coexisten durante más tiempo. También por supuesto se multiplican los riesgos sociales vinculados con el progresivo incremento de situaciones de gran dependencia y aislamiento relacional.
- Cambios en los valores predominantes en relación con el funcionamiento de las familias y progresiva superación de la familia patriarcal.
- Pluralización o diversificación de las formas o fórmulas de vida familiar (monoparentales, homoparentales, reconstituidas...).
- Una mayor pluralización, no sólo de las estructuras familiares, sino también de las responsabilidades, relaciones, y vínculos de unos con otros, lo que conduce a una mayor reflexividad, libertad y creatividad en las formas y contenidos del cuidado. Se multiplican los itinerarios de relación de cuidado, y ya no se asume tan automáticamente como en épocas anteriores la responsabilidad del cuidado.

Comenzando por la que denominábamos dimensión normativa (valores que se asumen), diremos que, según la investigación de Gerardo Meil: “Las normas sociales que establecen la obligatoriedad del apoyo mutuo entre las generaciones en caso de necesidad siguen concitando un elevado grado de identificación en la población española de todas las edades (...). Así, un 56% de los entrevistados cabe calificarlos de “familistas” porque consideran que las generaciones deben ayudarse financieramente cuando lo necesitan, convivir con los mayores dependientes cuando ya no pueden vivir solos y que los abuelos contribuyan al cuidado de los nietos cuando los padres no pueden hacerlo, frente a un 32% en Alemania o un 30% en Francia” (Meil, 2011: 186). Ello no quiere decir, obviamente, que no se haya ido incrementando en las últimas décadas la consideración como responsabilidades públicas, al menos en parte, de asuntos o situaciones que anteriormente se habían considerado como responsabilidades familiares. “Sin embargo, la crisis económica y sus consecuencias sobre el empleo, el funcionamiento de los mercados financieros y las finanzas públicas han hecho perder confianza a una parte de la población en la capacidad del Estado de bienestar o del mercado para prestar ayuda cuando se necesita” (Meil, 2011: 187), con lo que cabría hablar de un repunte, en la última crisis, en las expectativas hacia la familia como proveedora de apoyo, repunte que, como decimos, ya partía de una expectativa comparativamente alta.

En lo tocante a los roles de mujeres y hombres, María Ángeles Durán recuerda que “en España la preferencia por el modelo de familia de doble carrera igualitaria se ha instalado sólidamente. Según un estudio reciente del CIS, es el preferido por más de dos tercios de la población” (Durán, 2012: 206). Sin embargo, como señala esta autora, se percibe una cierta distancia entre lo que se declara retóricamente acerca de la igualdad entre mujeres y hombres y la realidad efectiva a la hora de asumir las responsabilidades familiares y la realidad. Así, “en la misma encuesta citada, el 64% de las mujeres, frente al 16% de los varones, dijeron ser ellas quienes se encargaban de las tareas domésticas más importantes del hogar” (Durán, 2012: 206).

En cuanto a la estructura de las familias, se viene produciendo una “verticalización de las redes familiares. Un 82% de las personas forman parte de una red familiar compuesta por, al menos, tres generaciones. Por otra parte, el paulatino descenso de la fecundidad ha hecho disminuir

también el número de hermanos de generación en generación. Ambos procesos están generando una estructura de las redes de parentesco que puede calificarse, con un símil gráfico, de “estructura tipo guisante”: se tienen muchos ascendientes y pocos colaterales y descendientes” (Meil, 2011: 188). Además, según datos del Instituto Nacional de Estadística de diciembre de 2013, la natalidad española (que ya era comparativamente baja en nuestro entorno) no ha dejado de decrecer desde 2009 (por la combinación de un menor número de mujeres en edad fértil y menor fecundidad). La esperanza de vida en ese momento era de 82,29 años. Parece evidente que la crisis económica y social de los últimos años no ha hecho sino acentuar la tendencia a la disminución de la natalidad (que se había corregido hasta cierto punto en España en los años anteriores, en buena medida, por la mayor natalidad presente en la población inmigrante). La disminución de la natalidad puede ser vista, desde nuestro punto de vista, como descapitalización social: las familias adoptan una estrategia de disminución de su tamaño (lo cual, dicho sea de paso, dista de ser una constante histórica en los comportamientos familiares ante situaciones de vulnerabilidad social o amenaza económica, existiendo marcos culturales y contextos sociales desde los que se ha hecho y se hace es justamente lo contrario).

Este tipo de estructura familiar (y en definitiva, demográfica) ha de ser contemplada, simultáneamente, con el proceso de envejecimiento de la población, en el que los éxitos en el aumento de la esperanza de vida no lo han sido tanto en cuanto a la esperanza de vida libre de discapacidad. Según la Encuesta de Discapacidad, Autonomía personal y Situaciones de Dependencia (España, 2008), presentan discapacidad un 63,6% de las personas de 85 años, 47,5% de las personas entre 80 y 84, un 36,9% de las personas entre 75 y 79, un 26,4 % de las personas entre 70 y 74, y un 19% de las personas entre 65 y 69. Con estos datos resulta evidente el impacto que está teniendo el alargamiento de la vida en el incremento de la necesidad de cuidados, precisamente en el momento en el que los cambios en la estructura y dinámica de las familias hacen disminuir su capacidad o disponibilidad para cuidar. A la confluencia entre estos dos grupos de factores haría referencia la expresión *crisis de los cuidados* (Pérez Orozco, 2010: 32).

No conviene, sin embargo, realizar una asociación mecánica y unívoca entre envejecimiento demográfico, aumento de la dependencia funcional y crisis de los cuidados, utilizando una suerte de argumentación *malthusiana*. En primer lugar, porque es mucho lo que se ha logrado y lo que se puede lograr en la prevención de la dependencia funcional (también en personas mayores y muy mayores). En segundo lugar, porque el cuidado de personas en situación de dependencia ha de entenderse desde su complejidad y diversidad. No existe un único patrón ante las diversas situaciones de cuidado. Las familias cuidadoras difieren en muchos aspectos, como en el tipo de motivación que les lleva a cuidar, en sus habilidades para el cuidado, en los recursos disponibles para ello o en el apoyo social del que disponen en sus tareas de cuidado. Por otra parte, existe una gran variabilidad del tipo de cuidado que las personas en situación de dependencia requieren según su edad, el tipo de dependencia que presentan, la historia en común con las personas cuidadoras, o la posibilidad de que acepten el cuidado en una y otra manera. Por último, cabe recordar que, a veces, se corre el riesgo de ocultar la reciprocidad de las relaciones y el apoyo de las personas mayores a otros miembros de sus familias, vecinos o comunidades en las que viven, tal y como luego se pondrá de manifiesto.

Continuando con nuestro retrato de las realidades y relaciones familiares, cabe decir también que frente a la pauta dominante en los países del centro y norte de Europa, “el fin del modelo patriarcal de familia y el desarrollo de la familia negociadora han facilitado la permanencia de los hijos adultos en el hogar de los padres durante cada vez más tiempo al disponer de mayores grados de autonomía para negociar (...) los términos de la convivencia. La consecuencia ha sido que la edad de emancipación se ha retrasado cada vez más en el tiempo, aunque desde mediados de los noventa habría estado disminuyendo. En 2008 un 67% de los jóvenes de 18 a 29 años vivía con sus padres, frente a alrededor de un 30% en los países escandinavos y un 52% en los del centro de Europa” (Meil, 2011: 188). No cabe sino entender que la crisis económica de los últimos años habrá acentuado esta tendencia. Por otro

lado, incluso cuando se vive en hogares independientes, un 68% de la población tiene al menos algún familiar consanguíneo viviendo a menos de media hora de distancia. Comparativamente con otros países europeos, en España y en los países del sur y del este de Europa es donde mayor proporción de generaciones viven cerca unas de otras: un 69% de los hijos emancipados vive a menos de 5 kilómetros de distancia de la casa de sus padres, mientras que en los países escandinavos y en Francia dicho porcentaje se sitúa alrededor del 40% (Meil, 2011: 190-191). La proximidad domiciliaria, obviamente, facilita la ayuda.

Veamos ahora el aspecto de la provisión de atenciones y recursos. “La prestación de ayuda esta tan extendida entre los miembros de la red que solo un 24% reconoce que no ha prestado ningún tipo de ayuda en servicios personales en los 12 meses previos a la encuesta, solo un 14% se queja de tener que prestar con demasiada frecuencia ayuda a los miembros de su red social” (Meil, 2011: 192). “La proporción de abuelos que cuida de sus nietos ha experimentado un crecimiento sustancial durante la pasada década: del 15% en 1993 al 25% en 2006 (abuelos de 65 o más años)” (Meil, 2011: 194), aunque es posible que la tendencia al crecimiento se haya visto algo compensada en los últimos años por el desempleo de algunas madres y padres (en ocasiones los varones han asumido por ello roles inesperados con anterioridad). Gerardo Meil se refiere a la ayuda económica para la adquisición de vivienda como otra importante manifestación de la solidaridad intergeneracional descendente en España. De hecho, los datos apuntan a que es más significativa la diferencia española (y de otros países del sur de Europa) en cuanto a la solidaridad intergeneracional descendente y no tanto en cuanto a la ascendente.

Por otra parte, la propia solidaridad ascendente o intrageneracional, en lo tocante a los cuidados, descansa en buena medida en personas mayores y, más específicamente, en mujeres relativamente mayores, las que Luis Moreno denomina *supermujeres*. Así, Constanza Tobío señala que “a diferencia de otros países, España se caracteriza por la homogeneidad del cuidador cuyo retrato robot sigue siendo: mujer (83%), en torno a los 55 años (media: 52), casada, con estudios primarios y sin ocupación remunerada” (Tobío, 2010: 121). Según María Ángeles Durán, “se apunta la tendencia a la derivación del coste del cuidado hacia un nuevo tipo de trabajador excluido de la actividad laboral, constituido por mujeres de edad avanzada y socialmente desprotegidas sobre las que recae una carga creciente de trabajo de cuidado” (Durán, 2012: 20). María Ángeles Durán, apunta, además, la hipótesis de que “al menos una cuarta parte del excedente del mercado a causa de la crisis no ha quedado ociosa sino que se ha incorporado a la producción doméstica de bienes y servicios” (Durán, 2012: 190-191). Nos encontramos, por tanto, de nuevo ante una situación o tendencia acentuada en los últimos años. Los estudios y datos de María Ángeles Durán sobre las transferencias intergeneracionales de recursos y apoyos apuntan en este mismo sentido.

En lo tocante a las relaciones comunitarias primarias que van más allá de las estrictamente familiares, los estudios comparados también arrojan resultados para España con elementos de fortaleza y oportunidad y con aspectos de debilidad y amenaza. Así, según los estudios de la Fundación BBVA el tamaño medio de la red de personas cercanas en España es de 19,8 personas (la segunda más amplia entre los países estudiados, después de Dinamarca), siendo la relativa homogeneidad quizá su punto más débil. Así, por ejemplo, en el estudio sobre el capital social en el País Vasco del Instituto Vasco de Estadística, casi dos tercios de las personas sólo tienen amistades que son iguales a ellas en cuanto a creencias religiosas, nacionalidad, posición social o tendencia política (Zubero, 2012: 275). España se caracteriza como una sociedad que combina valores altos de confianza, redes personales amplias y una muy baja participación asociativa. “Se trata de un modelo en el que las redes sociales primarias (familia, amistades cercanas) funcionan de manera muy eficiente, pero esa misma eficiencia puede desincentivar la inversión en redes sociales secundarias formalizadas –entre las que destaca la participación social y política– generadoras de capital cívico” (Zubero, 2012: 275). En cuanto al papel de las redes primarias no familiares en los cuidados, haremos referencia a Serge Guérin, que es una de las personas que desde las ciencias sociales y el activismo cívico está contribuyendo de forma significativa a la visibilidad y reconocimiento de las personas cuidadoras en Francia. Es interesante señalar que, dentro de las personas cuidadoras

informales (unos 3,5 millones en Francia), un 18% no tiene vínculos biológicos o civiles con las personas a las que cuidan. Cabe suponer que el dato no será muy diferente en España. No es despreciable, por tanto, el aporte de las redes comunitarias primarias no familiares en materia de cuidado. Serge Guérin habla de la revolución silenciosa de los cuidados, revolución silenciosa llevada a cabo en buena medida por personas mayores que cuidan en la comunidad y con niveles relativamente altos de satisfacción.

No hay que olvidar, por otra parte, que, en los momentos de crecimiento económico, una parte de los cuatro millones de personas inmigrantes que entraron en España lo hicieron para incorporarse al sector de los cuidados, a través de las denominadas *cadena globales de cuidados*. Estimaciones de la Sociedad Española de Geriatria y Gerontología en 2007 señalaron que el 90% de las personas cuidadoras no familiares de mayores son personas inmigrantes. Esa incorporación, en todo caso, se ha hecho frecuentemente, en situación de precariedad, sin las adecuadas fórmulas empresariales, cualificaciones profesionales y condiciones laborales. Por otra parte, esas familias transnacionales que se han formado se han visto y se están viendo afectadas de forma muy acusada en la crisis de los últimos años. Su capital social se vio amenazado y afectado por la distancia geográfica entre sus miembros y por los riesgos asociados a la emigración y, posteriormente, su reagrupamiento y bienestar dificultado y destruido en muchos casos por la crisis (y la consiguiente disminución de las remesas enviadas por las personas emigrantes a sus países de origen).

3.2. Primera recapitulación y reflexión

Recapitulando, entonces, sobre los rasgos que presentan las relaciones familiares y comunitarias en lo relatado hasta el momento, cabría decir que, en el contexto del proceso de individualización, se perciben, sin duda, cambios estructurales y culturales en las familias y diversificación de las realidades y decisiones familiares. Sin embargo, las familias españolas presentan, comparativamente, una notoria intensidad de interacción y capacidad de apoyo. Ahora bien, cabe observar que este capital social está en mayor medida en manos de las generaciones más mayores, proveedoras netas de ayuda y solidaridad intrafamiliar e intergeneracional, en un desequilibrio (añadido al desequilibrio también existente entre mujeres y hombres) que posiblemente se ha acentuado en la última crisis. Nos encontraríamos, por tanto, con una generación mayor con valores *familistas* y con una situación económica y de salud relativamente buena apoyando a las siguientes generaciones en el seno de las familias... Estos serían una parte de nuestros *dividendos demográficos*, una parte de la capitalización social posibilitada, entre otros factores, por el aumento de la esperanza de vida de nuestra población. Se refuerza por tanto la visión de investigadores del Centro Superior de Investigaciones Científicas como Julio Gómez o Antonio Abellán, que visibilizan las capacidades y los aportes de las personas mayores en nuestra sociedad, como valioso capital social. Las siguientes generaciones han abandonado el modelo familiar clásico en aras de uno más igualitario entre mujeres y hombres y más conciliable para ambos sexos con la vida laboral, pero no han encontrado, todavía, un sistema de capitalización social equivalente en lo tocante, por ejemplo, a los cuidados de personas con limitaciones funcionales o de crianza de la infancia (Casado y Sanz, 2012: 8-11).

Sin embargo, junto a las oportunidades y fortalezas hay fragilidades y amenazas. Nos referimos, por ejemplo, a la dimensión amoral de nuestro *familismo* que hace convivir estas pautas de ayuda mutua intrafamiliar de las que venimos hablando (que se extienden, también, a la apuesta por la constitución de un patrimonio, en buena medida inmobiliario, y a su transmisión mediante la herencia), con una cierta cultura, por ejemplo, comparativamente menos proclive (que la de otros países de nuestro entorno) a la participación cívica o al pago de impuestos (a pequeña y gran escala) y, específicamente, a la imposición fiscal sobre la herencia. En ese sentido el capital cultural vinculado a las redes familiares y comunitarias españolas se alejaría tanto de claves republicanas igualitarias como liberales meritocráticas. Otro elemento de preocupación creciente es el que tiene que ver con las situaciones de

conflicto, violencia y maltrato en el seno de las familias: violencia machista, maltrato intergeneracional... Estas fragilidades y amenazas, lógicamente, se habrían acentuado en la crisis de los últimos años, con un mayor riesgo de conflicto intrafamiliar derivado de la caída de ingresos de las familias por las situaciones de desempleo y precariedad, unidas a un mayor tiempo de convivencia, a reagrupaciones familiares (en ocasiones con familias enteras que se habían constituido en su propio domicilio y que son acogidas al completo) e incluso a los riesgos que para procesos de separación y reorganización de las familias representan las dificultades económicas.

Además, con el importante incremento del desempleo en los últimos años, muchas personas han perdido un instrumento de socialización y de generación de capital social como es el empleo. Ello en ocasiones genera situaciones de convivencia familiar (en el domicilio) o barrial (en el espacio público) no deseadas, prolongadas sin objeto... Las pandillas de jóvenes desocupados son una manifestación de esto. Se pierde sentido y se aumenta la conflictividad, todo ello catalizado por los problemas económicos y emocionales que pueden asociarse al desempleo. Se produce en muchas personas un círculo vicioso de pérdida de actividad y oportunidades, en parte compensada por las redes sociales de Internet, cuya promesa, hasta cierto punto, sería ilusoria (Rendueles, 2013: 193). La crisis económica acarrea incremento de la desigualdad y de la dualización social y esto somete a estrés al espacio público (la escuela, la plaza...) como lugar de socialización, de cohesión, de capitalización social. Las vulnerabilidades se multiplican entre sí (Subirats y Martí-Costa, 2014: 138). Se ha recrudecido, además, el problema social de la pobreza infantil, como máximo exponente de la vulnerabilidad de muchas familias.

Como recuerdan Fernando Vidal *et al.*, “La carencia de apoyos de inserción laboral y emancipación afecta al estado de ánimo colectivo de los jóvenes, haciéndoles más sensibles a comportamientos anímicos y a la depresión social. Los jóvenes son un potencial muy variable para la estabilidad social de un país, capaz de impulsar la innovación o de formar bolsas de marginación de alto riesgo por su vulnerabilidad ante fenómenos como las drogas o la criminalidad. De hecho, el mayor problema social de la crisis no se produce en los años de depresión financiera, sino en el ciclo de depresión social que se puede prolongar cuando la crisis financiera comience a remontarse (...). Generalmente las crisis sociales duran el doble de lo que haya durado la crisis financiera. La sociedad contempla cómo conviven tendencias de recuperación y creación de nuevo empleo con la consolidación de sectores desintegrados. En la depresión social, las dificultades no son sólo económicas, sino que se genera un problema social y un nuevo problema económico, porque la recesión en la emancipación y formación juvenil, así como la depresión de sus expectativas, detrae un capital humano de innovación que es crucial para la recuperación y reforma económica del país. Cuando se toca la familia, se toca la socialización y se multiplican problemas que acaban dañando a las propias familias” (Vidal *et al.*, 2011: 235). En cualquier caso, a continuación, la revisión de lo que nos aporta la Encuesta FOESSA nos va a ayudar a completar o matizar estas primeras aproximaciones.

3.3. Qué nos dice la Encuesta FOESSA

La Encuesta FOESSA nos permite aportar información relativa a algunos de estos componentes del capital relacional de las personas y su evolución: la frecuencia de la relación con miembros del hogar, otros familiares, amigos, vecinos y compañeros de trabajo; los conflictos con ellos; el impacto de las dificultades económicas en el capital relacional de las personas; y la disposición de ayuda en momentos de dificultad, así como la provisión de ayuda a otras personas.

Si contemplamos el panorama general de la red social de la que disponen las personas, la Encuesta FOESSA de 2013 muestra una densidad relacional alta, capitalizada fundamentalmente en la red familiar y en el entorno vecinal y amical de las familias (Tabla 1). Las propias personas con las que se convive en el hogar y las vecinas son con quienes se

mantiene relaciones más frecuentes, ya que 8 de cada 10 personas dicen relacionarse diariamente con miembros del hogar, siendo que las otras opciones de respuesta cuentan con pesos insignificantes dentro de la muestra. Siguen a la familia en orden de importancia los vecinos, ya que 5 de cada 10 declaran mantener relaciones diarias con ellos. La frecuencia de relación diaria con personas amigas y familiares con los que no se convive es menor, ya que este porcentaje desciende al 35% y al 34% respectivamente. La relación diaria con compañeros de trabajo se reduce al 26%. Si se suma a la frecuencia de relación diaria, la categoría de *varias veces a la semana*, personas vecinas, amigas y otras familiares, por este orden, constituyen la red social de proximidad de las personas. El 78% de las personas se relacionan diariamente o varias veces por semana con vecinos, el 68% con amigos y el 66% con otros familiares con los que no convive en el hogar.

Tabla 1. Frecuencia de las relaciones

	2007	2013
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON MIEMBROS DEL HOGAR		
No contesta	0,1	0,1
No tiene relaciones	0,3	0,5
Diariamente	80,3	79,0
Varias veces por semana	1,4	0,5
Una vez por semana	0,3	0,2
Menos de una vez por semana	0,2	0,2
No procede (no tiene)	17,3	19,5
No sabe	0,0	0,0
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON OTROS FAMILIARES		
No contesta	0,3	0,1
No tiene relaciones	2,2	0,8
Diariamente	21,0	33,6
Varias veces por semana	33,0	32,1
Una vez por semana	16,8	16,9
Menos de una vez por semana	24,3	15,3
No procede (no tiene)	0,9	1,1
No sabe	1,5	0,1
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON AMIGOS		
No contesta	0,2	0,1
No tiene relaciones	1,2	0,9
Diariamente	27,7	34,6
Varias veces por semana	33,2	33,7
Una vez por semana	21,3	16,9
Menos de una vez por semana	15,8	12,5
No procede (no tiene)	0,3	1,2
No sabe	0,4	0,1
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON VECINOS		
No contesta	0,3	0,2
No tiene relaciones	8,0	4,1
Diariamente	46,8	49,8
Varias veces por semana	25,8	28,8
Una vez por semana	8,4	7,7
Menos de una vez por semana	8,9	8,4
No procede (no tiene)	1,2	0,8
No sabe	0,6	0,2
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON COMPAÑEROS DE TRABAJO		
No contesta	0,7	0,3
No tiene relaciones	1,8	0,3
Diariamente	40,6	25,6
Varias veces por semana	1,8	2,6
Una vez por semana	1,8	0,6
Menos de una vez por semana	1,9	0,9
No procede (no tiene)	51,4	69,7
No sabe	0,1	0,1

Fuente: Encuesta FOESSA, 2007 y 2013. Explotación de Fernando Fantova y Rosalía Mota.

La red familiar muestra una gran estabilidad y resistencia, puesto que entre 2007 y 2013 se mantiene constante el número de personas que comparte el día a día con otros miembros del hogar, 8 de cada 10. Crece la presencia de otros familiares con los que no se convive, aumentando en más de diez puntos porcentuales el porcentaje que diariamente o varias veces a la semana se relacionan con ellos (del 54% al 66%). La crucialidad de la familia como la primera comunidad de sentido y solidaridad ha permanecido y ha sostenido el envite de la crisis. Las familias también se han capitalizado socialmente durante los años de crisis aumentando sus relaciones frecuentes con amigos y vecinos. Mientras que en la Encuesta FOESSA de 2007 un 61% tenía relaciones diarias o varios días a la semana con amigos, en 2013 este porcentaje ha aumentado hasta el 68%. Las relaciones frecuentes con vecinos también crecen del 73% al 78%.

El escenario es entonces de una red social próxima, intensa, plural y sostenible en el tiempo, que ha amortiguado los efectos de la crisis y ha servido de soporte a las personas. Sin embargo, ¿dónde están los riesgos? Nos encontramos con que 2 de cada 10 personas dicen que no pueden responder a la pregunta de frecuencia de relación con miembros del hogar, porque no tienen, lo cual es signo de *desfamiliarización*. Aunque ligeramente, el peso relativo de este grupo no ha dejado de crecer del 17% en 2007, al 18% en 2009 y al 20% del 2013. Entre 2007 y 2013 se ha reducido también casi a la mitad el porcentaje de personas que tiene relaciones diariamente con compañeros de trabajo.

La Encuesta FOESSA también nos permite conocer el dinamismo de las relaciones de las personas, y así, se busca conocer si en el último año han variado ciertas pautas de comportamiento en el ámbito de las relaciones, como sus actividades de ocio, o mantener sus relaciones habituales por problemas económicos. El capital relacional es bastante inmune al impacto de las dificultades económicas de las familias, y ha resistido los años de crisis, ya que 8 de cada 10 encuestados dicen no haber variado sus relaciones personales por malas circunstancias económicas. Sin embargo, esta proporción ha descendido en un punto respecto a la Encuesta de 2007, lo que parece apuntar cierta erosión del capital social de las personas por problemas económicos. Las actividades de ocio de las familias sí son más vulnerables a sus problemas económicos y puede decirse que el impacto de la crisis económica no ha hecho más que agravar la estrategia de reducción que las familias adoptan en relación con sus pautas de ocio para poder sostener otros gastos familiares. Mientras que en 2007 un 20% decía haber reducido sus actividades de ocio por problemas económicos, en 2013 este porcentaje ha ascendido al 59%.

A partir de los datos que nos proporcionan las sucesivas Encuestas FOESSA podemos también examinar la relación entre las situaciones de vulnerabilidad y exclusión y el capital relacional de las personas. En la Tabla 2 se presentan estos datos.

Tabla 2. Frecuencia de las relaciones según nivel de pobreza y situación de exclusión

	POBREZA		NIVELES POBREZA		SITUACIÓN DE EXCLUSIÓN			
	POBRE	NO POBRE	SEVERA	RELATIVA	(1)	(2)	(3)	(4)
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON MIEMBROS DEL HOGAR								
No contesta	0,1	0,0	0,3	0,0	0,0	0,1	0,2	0,1
No tiene relaciones	0,8	0,6	0,3	1,0	0,4	0,6	0,7	0,6
A diario	86,2	75,4	88,9	85,2	81,4	76,5	78,1	82,5
Varias veces por semana	0,4	0,5	0,3	0,5	0,5	0,5	0,3	0,5
Una vez a la semana	0,4	0,2	0,3	0,4	0,1	0,3	0,2	0,0
Menos de una vez por semana	0,4	0,1	0,3	0,4	0,1	0,2	0,4	0,6
No tiene	11,6	23,2	9,5	12,5	17,5	21,8	20,2	15,4
No sabe	0,1	0,0	0,0	0,1	0,0	0,0	0,0	0,1

FRECUENCIA DE RELACIÓN CON OTROS FAMILIARES								
No contesta	0,1	0,1	0,0	0,1	0,1	0,1	0,1	0,0
No tiene relaciones	1,6	0,6	2,2	1,4	0,4	0,8	0,7	2,3
A diario	36,9	31,1	42,6	34,5	32,7	33,3	31,7	41,4
Varias veces por semana	25,1	35,4	19,6	27,3	38,3	30,5	28,3	19,3
Una vez a la semana	13,5	17,7	13,9	13,3	15,8	19,1	18,2	10,2
Menos de una vez por semana	20,8	14,1	18,9	21,4	12,4	15,6	19,1	20,8
No tiene	1,8	0,9	2,8	1,5	0,3	0,7	1,9	5,4
No sabe	0,3	0,0	0,0	0,4	0,0	0,0	0,0	0,5
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON AMIGOS								
No contesta	0,1	0,0	0,0	0,1	0,0	0,1	0,0	0,3
No tiene relaciones	1,0	0,8	0,3	1,2	0,5	1,2	1,0	1,0
A diario	37,6	31,4	46,8	34,0	32,5	34,1	33,9	46,8
Varias veces por semana	28,6	36,3	31,0	27,6	37,6	32,5	33,4	23,7
Una vez a la semana	14,0	18,0	10,4	15,3	18,5	17,5	14,3	11,1
Menos de una vez por semana	16,9	12,3	10,1	19,6	10,3	12,8	16,5	14,7
No tiene	1,7	1,1	1,3	1,9	0,6	1,7	0,9	2,2
No sabe	0,2	0,1	0,0	0,2	0,1	0,1	0,0	0,3
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON VECINOS								
No contesta	0,4	0,1	0,3	0,4	0,2	0,2	0,0	0,8
No tiene relaciones	5,7	3,9	6,6	5,4	3,5	3,5	5,6	7,7
A diario	54,5	47,6	60,4	52,2	47,9	50,6	48,6	55,5
Varias veces por semana	24,7	30,9	22,2	25,7	31,8	28,4	26,3	21,9
Una vez a la semana	5,7	8,4	3,2	6,7	8,2	7,4	9,1	5,0
Menos de una vez por semana	8,1	8,4	6,0	8,7	7,4	9,2	9,5	7,6
No tiene	0,9	0,8	0,9	0,7	0,8	0,6	0,9	1,4
No sabe	0,1	0,1	0,3	0,1	0,2	0,1	0,1	0,1
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON COMPAÑEROS DE TRABAJO								
No contesta	0,1	0,3	0,0	0,1	0,3	0,3	0,0	0,4
No tiene relaciones	0,5	0,3	0,3	0,6	0,2	0,3	0,3	0,1
A diario	14,8	26,8	16,1	14,3	34,8	23,9	16,0	9,5
Varias veces por semana	1,7	2,7	3,2	1,2	3,6	2,1	2,0	1,3
Una vez a la semana	0,4	0,6	0,3	0,5	0,6	0,7	0,3	0,4
Menos de una vez por semana	0,5	1,0	0,6	0,5	0,9	1,0	1,1	0,0
No tiene	81,8	68,2	79,5	82,6	59,6	71,4	80,2	88,1
No sabe	0,1	0,1	0,0	0,1	0,0	0,2	0,0	0,1

Fuente: Encuesta FOESSA, 2013. Explotación de Fernando Fantova y Rosalía Mota.

- (1) Integrado.
- (2) Integración precaria.
- (3) Exclusión compensada.
- (4) Exclusión severa.

La Encuesta 2013 nos muestra que las personas pobres disponen de una red familiar, amical y vecinal próxima, ya que en relación con todos estos vínculos, más de la mitad de las personas pobres mantienen relaciones muy frecuentes (diarias o varias veces a la semana) con

miembros de su hogar (87%), vecinos (79%), amigos (66%), y otros familiares con los que no conviven (62%). La propia familia es muy importante como ámbito de sociabilidad para las personas pobres. La relación diaria con las personas con las que convive es 10 puntos porcentuales mayor que en el caso de las personas no pobres, 86% frente a 75%. El vecindario destaca también en cuanto lugar de relación, ya que el 55% de las personas pobres tiene relaciones diarias con personas vecinas frente al 47% de las que no lo son.

Sin embargo existen algunas situaciones de riesgo en cuanto a las relaciones sociales de las personas en situación de pobreza que, aún cuando tengan un peso proporcionalmente menor, conviene señalar. Hay más personas pobres que se relacionan menos de una vez por semana con familiares con los que no conviven (21% de personas pobres frente al 14% de no pobres) y amigos (17% en contraste con el 12%). El porcentaje de personas pobres aisladas en el vecindario en el que vive, puesto que no tiene ningún tipo de relación con los vecinos, es dos puntos porcentuales mayor que el de personas por encima del 60% del umbral de renta, el 6% frente al 4% respectivamente. Y finalmente, las personas pobres están también más aisladas socialmente respecto al ámbito laboral: se relacionan menos diariamente (15% de las personas pobres frente al 27% de no pobres) y son más las que declaran no poder responder a esta pregunta porque no tienen (82% en comparación con el 68%).

A mayor nivel de pobreza se da mayor intensidad en la relación con la red más próxima. Los porcentajes de pobres severos que se relacionan diariamente con su hogar, otros familiares, amigos y vecinos son mayores que en el caso de aquellos que se encuentran en una situación de pobreza relativa (alrededor de 10 puntos porcentuales por encima en todos los casos). Inversamente siempre son menores en la categoría de relación menos frecuente (menos de una vez por semana), tal y como se puede ver en la tabla anterior. La relación frecuente con compañeros de trabajo también tiene un peso relativo ligeramente mayor en el caso de los pobres severos, aunque las diferencias no son tan apreciables como en el resto de redes: 16% se relacionan diariamente con ellos frente al 14% de pobres relativos, y 3% frente al 1º cuando lo hacen varias veces por semana. Sin embargo, dentro de las personas que viven por debajo del 60% de la renta mediana se reproduce la desigual distribución de riesgos de aislamiento social que se comentaba anteriormente para el conjunto de personas pobres. Cuanto mayor es el nivel de pobreza, mayor aislamiento relacional de la red familiar con la que no se convive, ya que, aunque es pequeño el porcentaje de pobres severos que no tiene relaciones con sus familiares, duplica a los de los pobres moderados, como puede verse en la tabla. Los pobres severos que no tienen relación con su vecindario también representan dos puntos porcentuales más que los pobres moderados, el 7% frente al 5%. Respecto a las relaciones con compañeros de trabajo no hay diferencias apreciables.

En la misma tabla 2 se puede ver también la frecuencia de la relación con miembros del hogar, otros familiares, amigos, vecinos y compañeros de trabajo según niveles de exclusión, desde los hogares integrados hasta las situaciones de exclusión extrema. En relación con la sociabilidad con los miembros de su hogar, no hay correlación entre mayor gravedad de la situación de exclusión y aislamiento familiar. Aunque las diferencias no son muy apreciables, en primer lugar son precisamente las personas que viven en hogares integrados y en los de exclusión más extrema los que en mayor proporción mantienen relaciones diarias con sus familias (81% y 83% respectivamente), y los que menos no pueden responder a esta pregunta porque no tienen (18% y 15%). Por el contrario las personas en hogares de integración precaria y exclusión compensada son las que menos se relacionan diariamente (77 y 78% respectivamente), y las que en mayor proporción no conviven con otras personas (22% y 20%). Por otra parte, los datos reflejan que en el caso de las relaciones diarias con familiares con los que no conviven, amigos y vecinos, los porcentajes más altos los encontramos en las personas en una situación de exclusión extrema, siendo crecientes a medida que se transita desde la integración hasta la exclusión.

Los datos muestran así que las personas más excluidas disponen de un intenso capital relacional. Sin embargo, y aunque los porcentajes son sensiblemente inferiores, los riesgos más significativos de aislamiento fuera del hogar afectan también en mayor medida a este

grupo, puesto que son los que en mayor proporción no tienen relaciones con otros familiares, amigos y vecinos, siendo las diferencias más grandes en el caso del vecindario: 8% no tiene relaciones con sus vecinos frente al 6% de las personas que viven en exclusión compensada, y el 4% de los que viven en un hogar integrado o en integración precaria. Los compañeros de trabajo son en menor medida un vínculo significativo en situaciones de exclusión. Como puede apreciarse en la tabla 2., el peso relativo de los que se relacionan con ellos con más frecuencia es decreciente a medida que las condiciones de exclusión se extreman. 9 de cada 10 personas en situación de exclusión extrema no tiene compañeros de trabajo con los que relacionarse, en comparación con los 8 en exclusión compensada, los 7 en integración precaria y los 6 integrados.

Los años de crisis económica no han variado la pauta de relación de las personas pobres con los familiares con los que conviven, tal y como se puede ver en la tabla 3.

Tabla 3. Frecuencia de ñas relaciones de las personas pobres

	2007	2013
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON MIEMBROS DEL HOGAR		
No contesta	0,0	0,1
No tiene relaciones	0,7	0,8
Diariamente	74,3	86,2
Varias veces por semana	1,4	0,4
Una vez por semana	0,2	0,4
Menos de una vez por semana	0,3	0,4
No procede (no tiene)	23,2	11,6
No sabe	0,0	0,1
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON OTROS FAMILIARES		
No contesta	0,8	0,1
No tiene relaciones	3,9	1,6
Diariamente	17,4	36,9
Varias veces por semana	34,6	25,1
Una vez por semana	17,9	13,5
Menos de una vez por semana	23,6	20,8
No procede (no tiene)	1,9	1,8
No sabe	0,2	0,3
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON AMIGOS		
No contesta	0,6	0,1
No tiene relaciones	0,1	1,0
Diariamente	26,6	37,6
Varias veces por semana	28,6	28,6
Una vez por semana	29,1	14,0
Menos de una vez por semana	14,2	16,9
No procede (no tiene)	0,3	1,7
No sabe	0,2	0,2
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON VECINOS		
No contesta	0,2	0,4
No tiene relaciones	6,8	5,7
Diariamente	51,4	54,5
Varias veces por semana	21,5	24,7
Una vez por semana	8,8	5,7
Menos de una vez por semana	9,8	8,1
No procede (no tiene)	1,2	0,9
No sabe	0,5	0,1
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON COMPAÑEROS DE TRABAJO		
No contesta	0,3	0,1
No tiene relaciones	0,7	0,5
Diariamente	16,0	14,8
Varias veces por semana	3,7	1,7
Una vez por semana	2,4	0,4
Menos de una vez por semana	3,4	0,5
No procede (no tiene)	73,5	81,8
No sabe	0,0	0,1

Fuente: Encuesta FOESSA, 2007 y 2013. Explotación de Fernando Fantova y Rosalía Mota.

La propia familia ha permanecido como activo relacional de primer orden de las personas pobres, fortaleciéndose aún más. Ha aumentado en doce puntos porcentuales la relación diaria con miembros del hogar, del 74% al 86%, y se ha reducido a la mitad el peso relativo de las personas que no conviven con nadie. Las relaciones con la red próxima, otros familiares con los que no se convive, amigos y vecinos, se han fortalecido también, puesto que entre 2007 y 2013 han ganado peso relativo el grupo de pobres que se relaciona diariamente con ellos: 37% frente al 17% en el caso de parientes, el 38% con los amigos comparado con el 27%, y el 55% frente al 51% para los vecinos. Por el contrario, se han reducido los porcentajes de pobres que no tienen relaciones con estas personas, o cuando la tienen lo hacen con poca frecuencia. Sin embargo las relaciones de las personas pobres con los compañeros de trabajo se han

debilitado. Los ven menos a diario y varias veces por semana, como reflejan los datos de la tabla, y ha aumentado en una proporción significativa el porcentaje de aquellos que no tienen compañeros de trabajo: del 74% al 82%.

Las dificultades económicas deprimen el ocio de las personas pobres. Según los datos de la Encuesta FOESSA 2013, el 84% de las personas pobres han reducido sus actividades de ocio como consecuencia de la mala situación económica de su hogar, en comparación con el 55% de las personas que están por encima de la renta mediana. El capital relacional de los pobres soporta bastante mejor el impacto de las dificultades económicas de las familias, puesto que es menor el porcentaje de personas pobres que ha perdido relaciones sociales habituales por este motivo (38%). Sin embargo, el riesgo de erosión del capital social de las personas pobres es evidente, puesto que 4 de cada diez persona pobres afirman haber dejado relaciones sociales por su precaria situación económica, y además, esta proporción es significativamente mayor en el caso de las personas pobres (15%). La crisis económica se ha notado en la estrategia familiar de reducción de actividades de ocio de la población pobre, así como en la pérdida de relaciones sociales habituales, aunque manifestando de nuevo esta pauta de sociabilidad familiar mayor resistencia a las dificultades. Entre 2007 y 2013 ha aumentado en 37 puntos porcentuales el peso relativo de las personas pobres que ha reducido su ocio por dificultades económicas –del 47% al 84%–, y en 14 puntos el porcentaje que ha perdido relaciones sociales habituales – del 18% al 33%.

¿Cuál es la intensidad de las relaciones de las personas según otros perfiles de vulnerabilidad? La Tabla 4 muestra la frecuencia de relaciones según desempleo.

Tabla 4. Frecuencia de las relaciones según situación de desempleo de larga duración

	PARADO DE LARGA DURACIÓN	NO PARADO O PARADO DE CORTA DURACIÓN
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON MIEMBROS DEL HOGAR		
No contesta	0,0	0,1
No tiene relaciones	1,2	0,5
Diariamente	88,8	78,3
Varias veces por semana	0,5	0,5
Una vez por semana	0,0	0,2
Menos de una vez por semana	0,5	0,2
No procede (no tiene)	8,9	20,2
No sabe	0,2	0,0
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON OTROS FAMILIARES		
No contesta	0,0	0,1
No tiene relaciones	1,3	0,7
Diariamente	40,0	33,1
Varias veces por semana	26,1	32,6
Una vez por semana	12,2	17,3
Menos de una vez por semana	17,3	15,2
No procede (no tiene)	2,7	1,0
No sabe	0,3	0,0
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON AMIGOS		
No contesta	0,0	0,1
No tiene relaciones	1,0	0,9
Diariamente	41,3	34,1
Varias veces por semana	31,5	33,9
Una vez por semana	12,1	17,2
Menos de una vez por semana	13,3	12,5
No procede (no tiene)	0,7	1,3
No sabe	0,2	0,1
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON VECINOS		
No contesta	0,0	0,2
No tiene relaciones	7,0	3,9
Diariamente	50,9	49,7
Varias veces por semana	24,3	29,1
Una vez por semana	8,5	7,6
Menos de una vez por semana	8,5	8,4
No procede (no tiene)	0,5	0,8
No sabe	0,2	0,2
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON COMPAÑEROS DE TRABAJO		
No contesta	0,0	0,3
No tiene relaciones	0,2	0,3
Diariamente	5,9	27,0
Varias veces por semana	0,8	2,7
Una vez por semana	0,5	0,6
Menos de una vez por semana	0,8	0,9
No procede (no tiene)	91,6	68,1
No sabe	0,2	0,1

Fuente: Encuesta FOESSA, 2007 y 2013. Explotación de Fernando Fantova y Rosalía Mota.

Las personas paradas durante un año o más se relacionan con mucha frecuencia con su propia familia, amigos y otros parientes por este orden. 89% lo hacen diariamente con miembros de su propio hogar, 73% con amigos, y 66% con parientes. Las diferencias con las personas no desempleadas o paradas de corta duración están entre los doce y los siete puntos porcentuales por encima, como se puede ver en la tabla, pero respecto a una alta intensidad de relación no son muy significativas puesto que en la siguiente categoría de varias veces a la semana se compensan. El peso de las situaciones de mayor riesgo en la relación con estas redes de proximidad es muy pequeño, pero comparativamente mayor que para las personas que están trabajando o que están en desempleo hace menos de un año: el peso relativo de las

personas que no tienen relación con su familia o con otros parientes es prácticamente el doble. La relación con el vecindario de las personas en situación de desempleo desde hace un año o más es más débil en comparación con familia, parientes y amigos, ya que 5 de cada 10 declaran tener relaciones diarias. Y el peso relativo de los parados de larga duración que no tiene relaciones con el vecindario es mayor que en esas otras categorías (el 7%), y supera en tres puntos porcentuales al grupo de personas no desempleadas o paradas de corta duración.

Vecindario y familia son los principales soportes relacionales de las personas que viven en un hábitat de exclusión, aunque el peso relativo de una alta frecuencia de relación con amigos y pariente también es destacable. Como se puede ver en la tabla 5, 83% de las personas que viven en un barrio degradado mantienen relaciones diarias o varias veces por semana con el vecindario, 79% con miembros del hogar, 70% con amigos y 61% con otros familiares.

Tabla 5. Frecuencia de las relaciones según situación del barrio

	BARRIO EN BUENAS CONDICIONES	BARRIO DEGRADADO, MARGINAL
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON MIEMBROS DEL HOGAR		
No contesta	0,1	0,2
No tiene relaciones	0,6	0,1
Diariamente	79,1	78,9
Varias veces por semana	0,5	0,4
Una vez por semana	0,2	0,2
Menos de una vez por semana	0,2	0,6
No procede (no tiene)	19,4	19,6
No sabe	0,0	0,0
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON OTROS FAMILIARES		
No contesta	0,1	0,1
No tiene relaciones	0,8	6,4
Diariamente	32,6	37,6
Varias veces por semana	34,3	23,0
Una vez por semana	17,0	16,8
Menos de una vez por semana	14,3	19,8
No procede (no tiene)	0,9	2,0
No sabe	0,0	0,2
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON AMIGOS		
No contesta	0,1	0,1
No tiene relaciones	0,9	0,9
Diariamente	32,3	44,4
Varias veces por semana	35,6	25,8
Una vez por semana	17,6	13,6
Menos de una vez por semana	12,4	13,3
No procede (no tiene)	1,1	1,9
No sabe	0,1	0,1
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON VECINOS		
No contesta	0,3	0,0
No tiene relaciones	4,3	3,3
Diariamente	47,4	60,3
Varias veces por semana	30,4	22,2
Una vez por semana	7,7	7,5
Menos de una vez por semana	9,0	5,8
No procede (no tiene)	0,8	0,8
No sabe	0,2	0,1
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON COMPAÑEROS DE TRABAJO		
No contesta	0,3	0,1
No tiene relaciones	0,3	0,3
Diariamente	27,0	19,7
Varias veces por semana	2,9	1,5
Una vez por semana	0,6	0,6
Menos de una vez por semana	0,9	0,8
No procede (no tiene)	68,0	77,7
No sabe	0,1	0,1

Fuente: Encuesta FOESSA, 2007 y 2013. Explotación de Fernando Fantova y Rosalía Mota.

Las relaciones con los compañeros de trabajo significan riesgos para el capital social de las personas vulnerables, puesto que también en este caso son respecto a los cuales las personas que habitan en entornos degradados están más aisladas. Las personas de barrios marginales también mantienen en menor medida relaciones frecuentes con sus parientes. Son menos los que los ven diariamente o varias veces a la semana, 61% frente al 67%. Mientras que para las personas que viven en barrios en buenas condiciones el porcentaje de los que tienen malas relaciones con parientes es insignificante (1%), en el caso de las personas en un barrio degradado asciende al 6%.

El factor étnico y nacional también introduce diferencias en la diversidad e intensidad del capital relacional de las personas. La Tabla 6 presenta estos datos.

Tabla 6. Frecuencia de las relaciones según características étnicas y/o nacionales del hogar

	TODOS ESPAÑOLES O DE EU15	ALGÚN EXTRACOMUNITARIO O DE EU12 AMPLIACIÓN	GITANOS ESPAÑOLES
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON MIEMBROS DEL HOGAR			
No contesta	0,1	0,0	0,5
No tiene relaciones	0,4	1,9	1,4
Diariamente	77,8	89,1	87,7
Varias veces por semana	0,5	0,4	0,5
Una vez por semana	0,2	0,0	0,0
Menos de una vez por semana	0,2	0,2	1,9
No procede (no tiene)	20,9	8,3	8,1
No sabe	0,0	0,1	0,0
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON OTROS FAMILIARES			
No contesta	0,1	0,1	0,0
No tiene relaciones	0,6	2,4	1,0
Diariamente	34,7	16,4	59,0
Varias veces por semana	33,6	19,2	24,8
Una vez por semana	17,3	15,2	9,5
Menos de una vez por semana	13,3	37,9	5,7
No procede (no tiene)	0,4	8,2	0,0
No sabe	1,0	1,0	0,0
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON AMIGOS			
No contesta	0,1	0,1	0,0
No tiene relaciones	0,9	1,6	1,0
Diariamente	34,7	28,9	54,3
Varias veces por semana	33,9	34,3	26,7
Una vez por semana	17,3	14,3	9,0
Menos de una vez por semana	12,0	18,7	8,1
No procede (no tiene)	1,1	2,6	1,0
No sabe	0,1	0,1	0,0
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON VECINOS			
No contesta	0,2	0,6	0,0
No tiene relaciones	3,7	9,6	0,5
Diariamente	50,5	37,6	71,9
Varias veces por semana	29,3	26,6	19,0
Una vez por semana	7,7	8,4	3,8
Menos de una vez por semana	7,8	14,9	4,8
No procede (no tiene)	0,7	2,0	0,0
No sabe	0,2	0,2	0,0
FRECUENCIA DE RELACIÓN CON COMPAÑEROS DE TRABAJO			
No contesta	0,3	0,4	0,0
No tiene relaciones	0,3	0,5	0,0
Diariamente	25,5	28,3	17,1
Varias veces por semana	2,5	3,1	3,8
Una vez por semana	0,5	1,4	0,9

Menos de una vez por semana	0,9	1,1	1,9
No procede (no tiene)	70,0	69,9	76,3
No sabe	0,0	0,4	0,0

Fuente: Encuesta FOESSA, 2007 y 2013. Explotación de Fernando Fantova y Rosalía Mota.

En la relación con la familia con la que conviven, los españoles payos o inmigrantes comunitarios están más *desfamiliarizados* que los inmigrantes extracomunitarios o los gitanos: el peso relativo de quienes no conviven con nadie es trece puntos porcentuales superior. Inmigrantes extracomunitarios y etnia gitana están también menos aislados en el hogar, puesto que en mayor proporción se relacionan diariamente: 90% y 88% respectivamente frente al 79%. Las personas gitanas tratan diariamente o varias veces a la semana con parientes, amigos y vecindario en mayor medida que cualquier otro grupo: 9 de cada 10 en el caso de parientes y vecinos y 8 de cada 10 con amigos. El ámbito laboral es en el que mayor riesgo de aislamiento relacional tienen: se relacionan diariamente en un porcentaje comparativamente significativamente menor (17%) y no disponen de compañeros trabajos en una proporción mayor (76%). Los inmigrantes extracomunitarios por el contrario son los que menos soporte relacional tienen en estas redes de proximidad. Comparados con los grupos de españoles payos o inmigrantes comunitarios y la etnia gitana, se relacionan menos frecuentemente con otros parientes, amigos y vecindario ya que el peso relativo de la relación frecuente (diariamente o varias veces a la semana) es menor. Disponen también en menor medida de parientes (8%) y amigos (3%). Y finalmente, cuando tienen parientes, amigos y vecinos con los que relacionarse no se tratan en un porcentaje más alto: 10% con los vecinos, y 2% con parientes y amigos.

Las Encuestas FOESSA proporcionan dos indicadores agregados de calidad de las relaciones que son: hogares con relaciones muy malas, malas o más bien malas y hogares con muy malas o malas relaciones con los vecinos. El peso relativo de conflictos familiares graves es muy pequeño, tanto para el conjunto de personas como para aquellas que son pobres, ya que no alcanza el 1% de los hogares en ambos casos, aunque comparativamente es ligeramente mayor en el caso de los hogares pobres, el 0,9% frente al 0,7%. Destaca además que los hogares pobres con muy malas, malas o más bien malas relaciones en el hogar han decrecido desde 2007, puesto que en ese momento representaban el 2%. Son los hogares en situación de exclusión severa, las familias españolas gitanas y aquellas que viven en entornos más degradados, los que se ven más afectados por conflictos familiares extremos. Cuanto más grave es la exclusión, mayor presencia de malas relaciones en el hogar, ya que mientras ninguno de los hogares integrados muestra este problema, un 0,2 % de los hogares en integración precaria lo tiene, ascendiendo al 2% para los hogares en exclusión compensada y al 4% de los hogares en exclusión severa. Los hogares de etnia gitana con conflictos familiares de mucha intensidad representan el 2% y duplican tanto a los hogares de inmigrantes extracomunitarios como a los hogares españoles payos (1% en ambos). Por otra parte, mientras no hay ningún hogar con esta problemática en barrios en buenas condiciones, en el caso de los degradados afecta al 1%. La situación relativa de estos hogares ha mejorado desde 2007, puesto que entonces los hogares afectados por malas relaciones significaban un porcentaje mayor: 19% de hogares en exclusión severa, 5% de las familias gitanas y 4% de hogares en barrios degradados.

La pauta se reproduce cuando se analizan los conflictos graves en el vecindario. Los hogares con relaciones malas o muy malas con vecinos son muy pocos, apenas el 0,5% y su peso relativo no ha variado respecto al 2013. También las situaciones de pobreza y exclusión más extremas suponen mayor riesgo para conflictos con los vecinos, así como el origen gitano de la familia y la situación de marginalidad y degradación del enclave. Cuanto mayor es el nivel de exclusión más existen muy malas o malas relaciones con los vecinos, aunque ésta ha descendido desde 2007. Mientras que en ese año había un 15% de hogares en exclusión severa en esa situación, en 2013 es el 4%, comparado con el 1% de los hogares en exclusión compensada. Ningún hogar en situación de integración o integración precaria tiene estos

conflictos. Las familias de etnia gitana tienen también mayor probabilidad de relacionarse mal con el vecindario frente a los inmigrantes extracomunitarios y los hogares españoles payos: 2% en comparación con el 0,4% y el 0,6% respectivamente.

Es destacable el crecimiento de familias gitanas con conflictos graves en el vecindario, ya que según los datos de la Encuesta FOESSA de 2007 entonces no había ningún hogar con estas características. Familias españolas payas e inmigrantes extracomunitarias sin embargo han reducido su peso relativo en estas situaciones. Aquellos hogares que viven en enclaves degradados tienen, comparativamente con los que no lo hacen, mayor probabilidad de verse afectados por situaciones conflictivas con los vecinos: 3% dice tener muy malas o malas relaciones con los vecinos frente al 0,5% de los que no viven en ese entorno. En resumen estamos ante un escenario de calidad de las relaciones de proximidad positivo, dónde el riesgo de conflictos graves es bastante pequeño, y que los años de crisis no han minado. Las familias en una situación de exclusión más extrema, aquellas familias de etnia gitana y las que residen en entornos más degradados y marginales, son los perfiles de mayor riesgo.

Las Encuestas FOESSA plantean dos preguntas que nos permiten describir la existencia de redes primarias o informales de apoyo y cuidado. La primera indaga si la persona tiene o ha tenido alguna persona que pueda ayudarle cuando tiene problemas (prestar dinero, recibir cuidados para ella o para alguna persona dependiente a su cargo apoyo emocional, gestiones o papeles). La segunda pregunta es si han prestado o prestan ayuda a terceros que tienen problemas. Para el conjunto de la población las relaciones recíprocas de ayuda son extensas. 7 de cada 10 personas dicen que les han ayudado y les ayudan en la actualidad cuando tienen problemas, y, como puede verse en la tabla 7, esta tendencia se mantiene bastante estable entre 2007 y 2013. 6 de cada 10 personas prestan apoyo a otras personas.

Las personas que han ayudado o ayudan a otras han aumentado su peso relativo, siendo esta tendencia más clara en relación con los apoyos que dicen los encuestados prestar a estas personas en el momento de realización de las encuestas: 49% en 2007 comparado con el 60% en 2013. 95 de cada 100 personas encuestadas dicen que no han tenido que reducir los pagos y ayudas económicas que realizaban a otras personas por problemas económicos en su hogar. Estos datos evidencian la sostenibilidad de las relaciones informales de apoyo y cuidado, cuando los años de crisis han deprimido la capacidad económica de las familias: el porcentaje de personas que por dificultades económicas en el hogar se ha visto en la necesidad de pedir ayuda económica a parientes y amigos casi se ha duplicado entre 2007 y 2013, del 11% al 20%. Sin embargo, sí que parecen apuntarse ciertas dificultades en la capacidad de prestar soporte y apoyo a terceros, ya se ha reducido un punto porcentual el peso relativo de personas que ayudaron antes comparado con el de los que lo hacen ahora: 7 de cada 10 frente a 6.

Tabla 7. Evolución de las relaciones de apoyo y cuidado

	2007	2013
HA TENIDO QUIEN HAYA PODIDO AYUDARLE CUANDO TIENE PROBLEMAS		
No contesta	1,0	0,5
Sí	72,8	73,8
No	23,8	25,4
No sabe	2,3	0,3
TIENE ALGUNA PERSONA QUE PUEDE AYUDARLE CUANDO TIENE PROBLEMAS		
No contesta	0,9	0,4
Sí	68,1	69,8
No	28,1	29,3
No sabe	2,9	0,5
TIENE ALGUNA PERSONA A LA QUE HA AYUDADO CUANDO ELLA TUVO PROBLEMAS		
No contesta	1,2	0,3
Sí	67,7	71,0
No	29,6	28,6
No sabe	1,5	0,1
TIENE ALGUNA PERSONA A LA QUE AYUDA CUANDO TIENE PROBLEMAS		
No contesta	1,7	0,5
Sí	49,2	60,2
No	47,7	39,1
No sabe	1,4	0,2

Fuente: Encuesta FOESSA, 2007 y 2013. Explotación de Fernando Fantova y Rosalía Mota.

Existen además algunos grupos en riesgo significativo de descapitalización en términos de apoyo social, aunque su peso relativo en el conjunto es pequeño y ha mejorado entre 2007 y 2013. Los hogares con personas dependientes que necesitan ayuda y cuidados de otras personas para realizar las actividades de la vida diaria y no la reciben representan el 1% del total de hogares, siendo el mismo porcentaje en 2007. Por su parte, el porcentaje de personas sin relaciones en el hogar y que no cuentan con ningún apoyo en situaciones de enfermedad o dificultad, es decir, aisladas socialmente, son el 5%, habiendo descendido en un punto porcentual su presencia en el conjunto (6,4%).

Si se observan las diferentes pautas dependiendo de si el encuestado está por encima o debajo del umbral de pobreza, tal y como se muestran en la Tabla 8, nos encontramos con que las personas pobres se encuentran ligeramente con menos posibilidades de ser ayudadas (66% frente al 71% de las personas no pobres), a la inversa de lo que mostraban los datos de 2007; en aquel momento, las personas por debajo del 60% de la renta mediana contaban en mayor proporción con personas que les ayudaban: 70% frente al 68%. No es despreciable sin embargo el peso relativo de los hogares pobres que cuentan con soporte social: dos tercios de ellos. El impacto de la crisis económica en la necesidad de red social y por tanto el riesgo de vulnerabilidad cuando se carece de ella es muy significativo: según los datos de la Encuesta de 2013 la mitad de los hogares pobres ha tenido que pedir ayuda económica a parientes o amigos (49%), frente al 15% en el caso de los hogares no pobres.

Tabla 8. Relaciones de apoyo o cuidado según nivel de pobreza y situación de exclusión

	POBREZA		NIVELES POBREZA		SITUACIÓN DE EXCLUSIÓN			
	POBRE	NO POBRE	SEVERA	RELATIVA	(1)	(2)	(3)	(4)
HA TENIDO QUIEN HAYA PODIDO AYUDARLE CUANDO TIENE PROBLEMAS								
No contesta	0,2	0,6	0,3	0,2	0,5	0,6	0,1	0,4
Sí	74,7	74,0	78,2	74,9	77,2	70,7	74,1	73,5
No	24,9	25,2	21,5	24,8	21,9	28,3	25,7	25,9
No sabe	0,2	0,2	0,0	0,1	0,4	0,4	0,2	0,1
TIENE ALGUNA PERSONA QUE PUEDE AYUDARLE CUANDO TIENE PROBLEMAS								
No contesta	0,8	0,3	2,2	0,2	0,2	0,5	0,2	1,2
Sí	66,1	70,7	68,8	65,1	75,5	66,5	67,1	65,0
No	32,8	28,5	28,7	34,4	23,6	32,5	32,6	33,5
No sabe	0,3	0,5	0,3	0,2	0,7	0,6	0,2	0,3

Fuente: Encuesta FOESSA, 2013. Explotación de Fernando Fantova y Rosalía Mota.

- (1) Integrado.
- (2) Integración precaria.
- (3) Exclusión compensada.
- (4) Exclusión severa.

Tras la crisis parece estar produciéndose una cierta tendencia a la pérdida de apoyos sociales de las personas pobres. El porcentaje de personas pobres que fueron ayudadas en el pasado frente a las que actualmente reciben apoyos ha descendido, del 75% al 66%. Es decir, hay más personas pobres que fueron ayudadas en algún momento de su vida y ahora no tienen quién pueda hacerlo. Además, si se comparan los datos de personas que son ayudadas cuando tienen problemas con los de la Encuesta de 2007, su peso relativo ha descendido en cuatro puntos porcentuales, del 70% al 66%. En el conjunto de personas pobres, aquellas personas que viven en una situación de pobreza más severa cuentan con un soporte social más estable que las personas que viven en pobreza moderada, aunque en ambos grupos de personas pobres las personas protegidas están por encima del 60%. Tal y como se puede ver en la misma tabla 8, los porcentajes de pobres severos que han tenido y tienen ayuda cuando la necesitan son superiores comparados a los de los pobres moderados: 5 puntos por encima cuando nos referimos a ese soporte en pasado y 4 puntos cuando la pregunta se refiere a la disposición de ayuda actual. Sin embargo, y en relación con ese proceso de descapitalización de relaciones de ayuda que parece apuntarse, los porcentajes de personas pobres moderadas y severas que han contado con personas que les ayudaran son mayores de los que cuentan en la actualidad con alguien que pueda hacerlo: 8 y 9 puntos porcentuales respectivamente.

Cuando se consideran las situaciones más extremas de aislamiento social en términos de apoyos, la situación relativa de las personas pobres ha mejorado entre 2007 y 2013. El porcentaje de hogares pobres con personas dependientes que necesitan ayuda y cuidados de otras personas para realizar las actividades de la vida diaria y no la reciben, han pasado de ser el 1,7% en 2007 al 1,2% en 2013. Por su parte los hogares en pobreza severa en esta situación han reducido su peso relativo del 3,6% al 1%, mientras que los hogares en pobreza relativa en estas circunstancias se han visto reducidos a la mitad – del 2% al 1%. Teniendo en cuenta el indicador de personas sin relaciones en el hogar y que no cuentan con ningún apoyo en situaciones de enfermedad o dificultad, los pobres han reducido su presencia en tres puntos porcentuales, del 6% al 3%. Han sido las personas en una situación de pobreza moderada las que más han mejorado su posición relativa en esta variable, puesto que han pasado del 8% al 3% comparados con la reducción del 5% al 3% de los pobres severos.

Si se consideran los niveles de exclusión que van desde la integración hasta la exclusión severa, el soporte de ayuda y cuidado también es intenso, puesto que el porcentaje de

personas que dice haber sido ayudada o es ayudada en la actualidad está al menos en los dos tercios, como reflejan los datos de la tabla anterior. Conviene tener en cuenta no obstante, por lo que de vulnerabilidad puede estar significando, que el porcentaje de personas que carece de ayuda informal es creciente a medida que se transita desde la integración hasta la exclusión más severa, siendo sin embargo las diferencias no muy significativas entre los hogares de integración precaria, exclusión compensada y exclusión severa. La brecha fundamental en cuanto a disposición de relaciones de ayuda se produce entre las personas integradas y aquellas en situación de integración precaria, siendo entre estas últimas el peso relativo de las que no tienen quienes les ayuden casi diez puntos porcentuales mayor.

La tendencia a la pérdida de apoyos sociales parece evidenciarse también si se considera la variable de exclusión. El peso relativo de las personas que han tenido ayuda cuando lo han necesitado comparado con el grupo de aquellas que cuentan en la actualidad con dicho soporte ha decrecido en los cuatro grupos de exclusión, tal y como la tabla refleja. Esta pérdida ha sido mayor cuanto más grave es la situación de exclusión, lo que parece estar apuntando una situación de riesgo significativa en cuanto al soporte social: las diferencias porcentuales van de 2 puntos en el caso de las personas en situación de integración, a los 4 en el grupo de integración precaria, a los 7 en situación de exclusión compensada y llegan a los 9 para las personas en exclusión severa. En resumen, las personas pobres cuentan con apoyos informales que les prestan ayuda y cuidados, con razonable sostenibilidad en el tiempo, aunque los años de crisis han deprimido en cierta medida el soporte social del que disponen. El riesgo de aislamiento social en términos de ayuda y soporte es ligeramente más intenso cuanto más vulnerable es la situación.

La autoidentificación del encuestado en relación a su grado de pobreza marca algunas diferencias en la disposición de apoyos sociales. Como se puede ver en la tabla 9, el peso relativo de las personas que tiene a alguien que le puede ayudar decrece en diez puntos porcentuales entre quienes se definen a sí mismo como pobres respecto al resto de grupos de percepción subjetiva de la situación económica del hogar, manteniéndose en todos éstos bastante constante: 60% frente al 70-72%.

Tabla 9. Disposición de ayuda cuando se tiene problemas

PERCEPCIÓN SUBJETIVA DE LA SITUACIÓN ECONÓMICA DEL HOGAR	¿TIENE ALGUNA PERSONA QUE PUEDE AYUDARLE CUANDO TIENE PROBLEMAS?			
	NO CONTESTA	SÍ TIENE	NO TIENE	NO SABE
Rico	0,0	91,7	8,3	0,0
Por encima de la media	0,2	68,3	31,1	0,4
En la media	0,4	69,5	29,3	0,8
Por debajo de la media	0,3	72,1	27,3	0,3
Casi pobre	0,0	70,3	29,4	0,3
Pobre	1,4	59,8	38,3	0,5
No sabe	0,0	78,0	22,0	0,0
No contesta	0,0	60,0	40,0	0,0
CARACTERÍSTICAS ÉTNICAS Y/O NACIONALES DEL HOGAR				
Todos españoles o de EU15	0,3	70,6	28,5	0,6
Algún extracomunitario o de EU12 ampliación	0,9	61,6	37,2	0,4
Gitanos españoles	0,0	69,5	30,5	0,0
TIPO DE BARRIO				
Barrio en buenas condiciones	0,4	70,5	28,5	0,6
Barrio degradado, marginal	0,4	66,6	32,0	0,2
ENTORNO MUY DEGRADADO				
Sí	0,0	62,5	37,5	0,0
No	0,4	70,0	29,1	0,5
HOGARES CUYO SUSTENTADOR PRINCIPAL ESTÁ EN PARO DESDE HACE UN AÑO O MÁS				
Parado de larga duración	0,2	70,7	28,6	0,5
No parado o parado de corta duración	0,4	69,7	29,4	0,5
HOGARES CUYO SUSTENTADOR PRINCIPAL TIENE UN EMPLEO DE EXCLUSIÓN				
Sí	0,8	68,0	31,2	0,0
No	0,4	69,8	29,3	0,5

Fuente: Encuesta FOESSA, 2013. Explotación de Fernando Fantova y Rosalía Mota.

El factor étnico introduce alguna diferencia en la disposición de redes de apoyo y ayuda, siendo los inmigrantes extracomunitarios los que en mayor medida no cuentan con algunas personas que les puedan ayudar (37%), seguidos de las personas gitanas (31%) y los españoles payos o inmigrantes comunitarios (29%). La peor calidad del enclave en el que se vive también supone riesgo de descapitalización social. Los porcentajes de personas que no tienen a alguien que les ayude son mayores cuando se vive en un barrio marginal -33% frente al 29% de aquellos que viven en un barrio en buenas condiciones - y en un entorno degradado - 38% frente al 29%. La variable de precariedad laboral no introduce diferencias significativas respecto a la disposición de apoyos sociales, puesto que el peso relativo de las personas que tienen alguna persona que puede ayudarles cuando tienen problemas es muy similar, independientemente de la situación de paro de larga duración y la característica de empleo de exclusión (sin cobertura de seguridad social). Las personas en situación de vulnerabilidad según estos perfiles se han capitalizado en cuanto a disposición de redes de proximidad de cuidado durante los años de crisis. Comparando la pregunta de si tienen a alguna persona que puede ayudarles cuando tienen problemas, entre 2007 y 2013 los hogares que disponen de ella y se declaran como pobres han aumentado en dos puntos porcentuales (58% frente al 60%). Por su parte los inmigrantes extracomunitarios sin estos apoyos se han reducido, del 43% al 37%, como así ha ocurrido también con las personas que viven en barrios degradados o tienen un empleo de exclusión - del 37% al 33% y del 45% al 44% respectivamente.

Las Encuestas FOESSA también preguntan por si las personas encuestadas han ayudado y ayudan a otras personas. Los apoyos y cuidados que prestan las personas pobres a terceros son significativos, y los datos muestran que bastante estables en el tiempo. En 2013 la mitad de las personas pobres ayudan a otras personas en sus momentos de dificultad (49,6%), habiendo aumentado ligeramente este porcentaje respecto a 2007, cuando el peso relativo de

este grupo era del 45%. Sin embargo, las situaciones de pobreza erosionan en alguna medida esta disposición de ayuda. Las personas que se encuentran en una situación de pobreza severa que ayudan a otros tienen un peso relativo cuatro puntos porcentuales por debajo de las personas en pobreza relativa, 46% comparado con el 50%. Ocurre también que a medida que la integración se va haciendo más precaria hasta llegar a la exclusión extrema, el porcentaje de personas que declaran ayudar a otras va siendo progresivamente menor, desde el 65% de las personas en situación de integración, pasando por el 60% de los hogares que viven en integración precaria, el 53% de las personas en una situación de exclusión compensada y el 49% de las personas en exclusión extrema.

Los perfiles que menos prestan ayuda a otras personas en dificultad son aquellos que tienen una percepción subjetiva de pobreza, aquellas que viven en entornos barriales más vulnerables y degradados, y los inmigrantes extracomunitarios. Mientras que el porcentaje de personas que ayudan a otras es del 52% para las personas que se consideran pobres, en aquellas otras que identifican su situación económica por encima de la media es del 63% y del 84% para los que se identifican como ricos. El peso relativo de personas que apoyan a terceros es 6 puntos porcentuales inferior en el caso que vivan en entornos degradados (54% frente al 60%). Finalmente, de los tres grupos definidos por la combinación de etnia (paya/gitana) y procedencia (nacional, comunitaria, y extracomunitaria), son las personas inmigrantes extracomunitarias las que en menos disposición para prestar ayuda se encuentran: 54% dicen ayudar a terceras personas, en comparación con el 61% de las personas españolas payas o procedentes de países de la Unión Europea y el 62% de la minoría étnica gitana. Parece apuntarse cierto agotamiento en la capacidad y disposición de las personas pobres para ayudar a otras, y en mayor medida que para el conjunto de personas encuestadas por FOESSA 2013. Hay más personas pobres que han ayudado antes a alguna persona que las que actualmente están prestando esa ayuda, un 65% frente al 50%. Este descenso es menos acusado para las personas no pobres, del 73% al 62%. Son las personas en situación de pobreza severa las que más han dejado de prestar ayuda a otros: existe una diferencia de 20 puntos entre el porcentaje de los que han ayudado anteriormente y los que ayudan ahora (65% comparado con el 46%). Y es en el único grupo en el que respecto a los datos de 2007 se ha reducido el porcentaje de personas que tiene alguna persona a la que ayuda, del 55% al 46%.

3.4. Segunda recapitulación y resumen

En resumen, la Encuesta FOESSA de 2013 muestra una densidad relacional alta, capitalizada fundamentalmente en la red familiar y en el entorno vecinal y amical de las familias. 8 de cada 10 hogares dicen relacionarse diariamente con miembros del hogar, y 6 de cada 10 también diariamente o varias veces a la semana con otros familiares. Vecinos y amigos, por este orden, forman también parte de la red social de proximidad, ya que el 78% y el 68% respectivamente de hogares dicen relacionarse diariamente o varias veces por semana con amigos y vecinos. La red familiar muestra una gran estabilidad y resistencia, puesto que entre 2007 y 2013 se mantiene constante el número de hogares que comparte el día a día con otros miembros del hogar. Se refuerza la frecuencia de relación con otros familiares, aumentando en más de diez puntos porcentuales los hogares que diariamente o varias veces a la semana se relacionan con otros familiares con los que no conviven (del 54% al 66%).

Las familias también se capitalizan socialmente aumentando sus relaciones frecuentes con personas amigas y vecinas. Mientras que en la Encuesta FOESSA de 2007 un 61% de hogares tenían relaciones diarias o varios días a la semana con amigos, en 2013 este porcentaje ha aumentado hasta el 68%. Las relaciones frecuentes con vecinos también crecen del 73% al 79%. La calidad de las relaciones con miembros del hogar, otros familiares, amigos y vecinos es buena, y sin diferencias apreciables entre ellos, oscilando entre el 70 y el 75% el porcentaje de hogares que dice que sus relaciones con ellos son buenas o muy buenas. El escenario es entonces de una red social de proximidad sólida, intensa, plural, diversificada, estable en el tiempo y satisfactoria. Sin embargo, ¿dónde están los riesgos? Nos encontramos con que 2 de

cada 10 hogares dicen que no pueden responder a la pregunta de frecuencia de relación con miembros del hogar, porque no tienen, lo cual es signo de *desfamiliarización*. Aunque ligeramente, el peso de estos hogares no ha dejado de crecer del 17% en 2007, al 18% en 2009 y al 20% del 2013.

La Encuesta 2013 nos muestra también que las personas pobres disponen de una red familiar, amical y vecinal próxima, ya que en relación con todos estos vínculos, más de la mitad de las personas pobres mantienen relaciones muy frecuentes (diarias o varias veces a la semana) con miembros de su hogar (87%), otros familiares con los que no conviven (62%), amigos (66%) y vecinos (79%). Los datos muestran que las personas más excluidas disponen de un intenso capital relacional. Sin embargo, y aunque los porcentajes son sensiblemente inferiores, los riesgos más significativos de aislamiento fuera del hogar afectan también en mayor medida a este grupo, puesto que son aquellos que en mayor proporción no tienen relaciones con otros familiares, amigos y vecinos, siendo las diferencias más grandes en el caso del vecindario: 8% no tiene relaciones con sus vecinos frente al 6% de las personas que viven en exclusión compensada, y el 4% de los que viven en un hogar integrado o en integración precaria. Las relaciones con los compañeros de trabajo se convierten en un *agujero negro* del capital social de las personas vulnerables, puesto que también en este caso son respecto a los cuales las personas que habitan en entornos degradados están más aisladas. 8 de cada 10 carecen de ellos y sólo 2 de cada 10 los ven diariamente o varias veces a la semana.

3.5. Las respuestas, las políticas, las interacciones, las consecuencias

Ante las fortalezas, oportunidades, fragilidades y amenazas que venimos retratando, cabría preguntar en qué medida se han impulsado e implementado políticas públicas que se apoyen en las fortalezas y oportunidades que representa nuestro capital social y que avancen hacia nuevas sinergias. Nos preguntaríamos si, partiendo de un Estado de bienestar que había abordado con cierta intensidad los llamados *viejos riesgos sociales* (enfermedad, jubilación...), hemos dado pasos hacia la respuesta a los *nuevos riesgos sociales* (dependencia funcional, conciliación de la vida familiar y laboral...). Ciertamente, en las clasificaciones canónicas sobre modelos, agregados o regímenes de bienestar suele encuadrarse a España dentro del modelo mediterráneo. Desde una lectura positiva, estaríamos hablando de la capacidad instalada en nuestras redes familiares y comunitarias primarias. Desde una lectura negativa estaríamos hablando de una sobrecarga de las familias y de una sobreexplotación insostenible de ese capital comunitario. Veamos, brevemente, lo que ha ocurrido en los ámbitos clave para el abordaje de esos nuevos riesgos sociales de los que hablábamos, que no serían otros que los de los servicios sociales y las políticas familiares.

Efectivamente, la Ley de promoción de la autonomía personal y atención a las personas en situación de dependencia (LAPAD), aprobada en 2006, se presentó como la iniciativa que llevaría al cuarto pilar de los sistemas públicos de bienestar (el sistema público de servicios sociales) a una universalización equiparable a la previamente alcanzada por los otros tres pilares (la sanidad, la educación y el conjunto de pensiones, prestaciones y subsidios destinados a garantizar unos ingresos necesarios para la subsistencia). La aprobación de la ley vino acompañada de previsiones en cuanto al número de puestos de trabajo en buena parte de personas dedicadas a los cuidados profesionales directos a las personas en situación de dependencia que corresponden a los servicios sociales (olvidando, muchas veces, por cierto, que hay cuidados profesionales a las personas en situación de dependencia que se proporcionan desde el sector sanitario, desde el sector educativo...).

Sin embargo Antonio Jiménez Lara y Ángel Rodríguez Castedo señalan que “el ingente potencial de generación de actividad y creación de empleo de la LAPAD (estimado en más de 635.000 puestos de trabajo a jornada completa en el horizonte de 2015) no está siendo

plenamente aprovechado, debido entre otros factores a la irrupción de la crisis económica y a las respuestas que, ante la crisis, han adoptado los distintos agentes: por una parte, porque su implantación se ha visto primero frenada y después parada en seco por las políticas de ajuste; por otra, porque debido a la crisis y a sus efectos sobre el mercado laboral, una gran proporción de personas y familias han optado por la prestación económica por cuidados en el medio familiar, que a pesar de su carácter excepcional se ha convertido, con diferencia, en la prestación con más peso del Sistema” (Jiménez Lara y Rodríguez Castedo, 2012: 6). Efectivamente, según datos de enero de 2014, el 43,21% de las prestaciones concedidas a personas en situación de dependencia en el marco de la LAPAD eran ayudas económicas a familiares (Barriga, 2014: 16). En cuanto a los empleos creados en el sector, serían alrededor de 110.000 o 120.000, según las fuentes, desde la puesta en marcha de la ley hasta el primer o segundo trimestre de 2012 (Jiménez Lara y Rodríguez Castedo, 2012: 19).

En todo caso, a la hora de interpretar el hecho de que una prestación económica pensada como recurso excepcional para incentivar (o quizá para compensar por) el cuidado familiar se haya convertido en la prestación estrella de la ley de dependencia, podemos agregar otros factores a los mencionados por Antonio Jiménez Lara y Ángel Rodríguez Castedo. Parece claro que la prestación de servicios sociales adolece de un insuficiente desarrollo técnico o posicionamiento social (o una mezcla de ambas cosas) que facilite a la población identificar su valor añadido en una situación de necesidad y diferenciarlo del servicio doméstico o de otras formas de cuidado pagado a la hora de complementar el cuidado familiar. Llama la atención, por ejemplo, que en rueda de prensa realizada el 20 de febrero de 2014 diversas organizaciones patronales y sindicales relacionadas con la atención a las personas en situación de dependencia, afirmaron contar con 50.000 plazas residenciales vacías. Quizá el sector no estuvo suficientemente atento a propuestas técnicas y modelos de atención más domiciliarios y comunitarios, en general preferidos tanto por la comunidad científica como por la población.

Por otra parte, aparte de que la crisis económica y su gestión haya dejado (contra su voluntad en lo tocante a la pérdida de empleo), a muchas personas en situación de mayor disponibilidad para el cuidado familiar y haya incrementado la necesidad de ingresos económicos de las familias, quizá no se había valorado suficientemente la capacidad instalada de las *supermujeres* y los valores existentes en las familias. En todo caso, habría que estudiar (no tenemos noticia de que se haya hecho), prestaciones económicas para el cuidado familiar de la ley de dependencia han supuesto en alguna medida una cierta descapitalización social y cultural en la medida en que hayan instalado la idea de que “nos han de pagar” por cuidar a nuestras familiares. Estaríamos hablando, en ese caso, de otro tipo de colonización: la mercantilización (con devaluación; mutación, destrucción...) de los bienes relacionales.

Sea como fuere, tampoco se ha producido la anunciada apuesta pública por el cuarto pilar en otras versiones más domiciliarias y comunitarias. En términos generales cabe hablar de un *despegue abortado* de los servicios sociales públicos como cuarto pilar. A pesar de que a partir de la aprobación de la Ley de dependencia en 2006 se incorpora una garantía (y una financiación asociada) por parte de la Administración General del Estado, el gasto total en servicios sociales del conjunto de las administraciones públicas españolas es de 7.494 millones en 2006, llega a 11.845 en 2010 y comienza a descender para llegar a 10.666 en 2013 (gasto no financiero) (Barriga, 2014: 24). Así pues, el sector (y el sistema público) de servicios sociales no ha despegado de la manera y en la medida en la que la Ley de dependencia y diversas leyes autonómicas de servicios sociales prometían (declarando el derecho a los servicios sociales como derecho subjetivo). A la vez existe un consenso generalizado acerca de que sigue básicamente pendiente la asignatura de la coordinación o integración sociosanitaria. Ello hace que determinados cuidados y atenciones (que proporciona el sistema sanitario) estén garantizados y sean gratuitos mientras que otros (que corresponden al sistema de servicios sociales) sean de mucho más difícil acceso y estén sometidos a copago. Sin que esto se corresponda con el carácter más o menos estratégico, necesario o eficiente de unos u otros cuidados. Sin embargo proyectos piloto, por ejemplo en el terreno de la atención temprana (al comienzo de la vida) o los cuidados paliativos (al final), por poner dos casos

paradigmáticos, muestran cómo es posible una mejora de la atención profesional (social y sanitaria) centrada en la persona, en su propio domicilio, con aporte de tecnologías de la comunicación o la domótica, alta capitalización social y cultural en cuanto a la participación y el fortalecimiento de los vínculos familiares y comunitarios y abaratamiento de costes sanitarios (Horsfall *et al.*, 2012: 273).

Por otro lado, si en materia de servicios sociales (y de la Ley de dependencia) hemos hablado de despegue abortado, en el caso de la otra iniciativa emblemática en estos asuntos de los últimos años cabría ser más radical y hablar del *fulgor y muerte del cheque-bebé*. Si los servicios sociales son la gran política sectorial que puede permitir hacer frente a los nuevos riesgos sociales, la política familiar sería, al respecto, la gran política transversal de referencia. Pues bien, el cheque bebé (2.500 euros por nacimiento o adopción), creado en 2007, suponía, inicialmente, un mayor gasto público anual de la Administración General del Estado que la LAPAD (más de 1.200 millones de euros en 2008 para el cheque-bebé, frente a 870 millones de la Ley de dependencia). El 10 de mayo de 2010 fue suprimido, dentro de un paquete de recortes que anunció el Gobierno, al parecer acuciado por diversos centros de poder globales. Otras medidas de política familiar también han sufrido fuertes recortes. A este panorama se une la amenaza que para las políticas sociales de proximidad representa la reforma de la ley municipal aprobada en España a finales de 2013. Como elemento positivo de estos años podemos señalar los avances en el reconocimiento de la ciudadanía diversa de los diferentes tipos de familia, con avances legislativos pioneros en algunos casos, facilitados por el proceso de secularización de la sociedad española.

La foto global por tanto es la de un valioso capital relacional en las redes familiares y comunitarias con importante aporte en materia de cuidados que, sin embargo, está en buena medida en manos de personas mayores, de suerte que se percibe un riesgo, ya cierto, de descapitalización. Ante esa situación no hay apuestas políticas innovadoras y fuertes que se hagan cargo de la situación, potenciando procesos de capitalización social y asumiendo el reto de la crisis de los cuidados, incrementándose cada día la sobrecarga y los casos de agotamiento de las familias. Existiendo, como existen, ejemplos en las políticas sociales comparadas, de relativo éxito en materia de gestión compartida de los cuidados y conciliación de la vida familiar y laboral, con resultados tangibles, por ejemplo, en materia de natalidad (Francia, por ejemplo). Estamos hablando de lo que el pensamiento feminista denomina sostenibilidad de la vida.

En todo caso, también esta situación ha sido caldo de cultivo de iniciativas de autoorganización asociativa, mutualista o cooperativa, bancos del tiempo, cooperativas de consumo, movimientos de defensa de personas amenazadas de desahucio, trueque, monedas sociales, nuevas formas alternativas de alojamiento y convivencia... De hecho, posiblemente, una de las ventanas de oportunidad que ha contribuido a abrir la crisis en los últimos años es la de nuevas solidaridades organizadas en clave de una especial proximidad a las redes primarias y las vivencias cotidianas que tienen que ver con la vivienda, con el consumo, con el tiempo, con los cuidados, con el dinero... Por otra parte, las iniciativas de carácter informal interactúan de nuevas maneras con las alternativas formales y se producen sinergias interesantes, por ejemplo, en servicios diurnos o residenciales abiertos a la comunidad, a la ayuda entre familias, grupos de ayuda mutua entre familiares, personas usuarias que ayudan a otras, a nuevas formas de voluntariado, superación de la exclusividad de la persona cuidadora principal y compromiso de la familia (y más allá) como unidad de cuidado... También en el campo de los cuidados a la infancia emergen experiencias más o menos formalizadas, con más o menos soporte público para cuidados compartidos, comunitarios (casas amigas, nidos familiares...). También experiencias de acogimientos temporales o permanentes de menores, como alternativa a la institucionalización... Revisiones sistemáticas dan cuenta de la eficiencia de alternativas comunitarias de atención y buenas prácticas en política familiar (Donati, 2012c; SIIS, 2011; SIIS, 2012).

Perspectivas como la de Serge Guérin antes mencionada no nos pueden hacer olvidar la sobrecarga que sienten muchas familias (y, de forma especial) muchas mujeres, especialmente

en un contexto de recortes de las ya de por sí limitadas políticas públicas de profesionalización de cuidados. Pero sí hacen visibles experiencias de éxito y buenas prácticas a la hora de pensar en modelos sostenibles, de enfoque familiar y comunitario para gestionar unos cuidados que, al menos en cierta medida, como él dice, no pueden ser “producidos”. Se perciben las dinámicas de cuidado y apoyo mutuo como un capital social que se ha transmitido de generación en generación y cuya sostenibilidad está ahora amenazada hasta cierto punto, aunque presenta una notable resistencia y *resiliencia* (Vidal *et al.*, 2011: 183), en la medida en que las nuevas generaciones tengan condiciones adecuadas para apropiarse del capital y acrecentarlo en dinámicas de inclusión y reconciliación y de fortalecimiento de una cultura de la sostenibilidad y el sentido. La sinergia entre bienes relacionales coproducidos en las redes primarias, bienes comunes gestionables desde iniciativas formalizadas y bienes públicos garantizados por políticas públicas innovadoras y robustas parece ser el camino de futuro (Johansson *et al.*, 2012: 44-47).

4. Conclusiones y consideraciones finales

Si tuviéramos que sintetizar telegráficamente la foto que hemos hecho del capital relacional familiar y comunitario en España, diríamos que:

- Se presenta una densidad de relaciones intensa y plural, capitalizada fundamentalmente en la red familiar y en el entorno vecinal y amical de las familias. Amigos y vecinos han ganado importancia en el capital afectivo de la población en su conjunto.
- Los vínculos familiares y próximos tienen una gran estabilidad y resistencia, y las familias los han mantenido durante los años de la crisis.
- Se cuenta con un intenso capital relacional por parte de las personas pobres y excluidas, fortalecido en los años de crisis. Cuando más difícil es la situación, mayor intensidad en la relación con la red familiar, amigos y vecinos. Paralelamente, mayores riesgos de aislamiento relacional de las personas pobres y excluidas respecto a parientes y vecinos.
- Los mayores riesgos de aislamiento relacional están en relación con el empleo de las personas, agravados por la crisis económica. Relación significativa entre pobreza, exclusión, vulnerabilidad laboral, hábitat degradado, inmigración y etnia gitana y fragilidad de las relaciones en la esfera laboral.
- Existe satisfacción de las personas con su capital relacional. Positivas relaciones familiares, amicales y vecinales de las personas pobres que la crisis no ha deprimido, aunque son los hogares en situación de exclusión severa, las familias españolas gitanas y aquellas que viven en entornos más degradados, los que se ven más afectados por conflictos familiares extremos.
- Se comprueba la fortaleza de las redes de proximidad de apoyos y cuidados de las personas pobres, sostenible en el tiempo y con bastante capacidad de resistencia al impacto de los años de crisis. Sin embargo, parece apuntarse cierta tendencia a la pérdida de apoyos sociales, todavía no de forma contundente pero habrá que tener en cuenta la tendencia para intentar corregirla.
- El sostén y apoyo informal es más débil cuanto más pobre y excluida es la persona, más se define a sí misma como tal, más vulnerable es su situación laboral, vive en un entorno degradado y marginal y es inmigrante extracomunitaria.
- Las configuraciones de enclaves degradados y alta marginación y procesos migratorios extracomunitarios parecen ser más destructoras de capital relacional y de apoyo que la vulnerabilidad laboral.
- Las personas en situación de pobreza y exclusión son proveedoras de apoyos y cuidados a terceras, además con bastante estabilidad en el tiempo. Sin embargo, vivir excluida erosiona en alguna medida la disposición a ayudar de las personas.

– Aquellas personas que se consideran pobres, las que viven en entornos barriales más vulnerables y degradados, y las personas inmigrantes extracomunitarias son las que más riesgo presentan de no ayudar a terceras personas.

El desarrollismo del ciclo 1993-2008 y la mejora en políticas sociales clásicas (sanidad, pensiones) han venido reemplazadas por una acusada crisis destructiva y expropiadora de muchos capitales y por recortes, frecuentemente indiscriminados, en las políticas públicas. En ese contexto las redes familiares y comunitarias primarias resisten admirablemente, pero hemos de ser conscientes de que, en buena medida, están siendo el instrumento de una solidaridad intergeneracional descendente y amenazada por los procesos de individualización y mercantilización propios de la globalización y de la crisis, además de la sobrecarga que la disminución de la natalidad y el incremento de la dependencia funcional suponen.

Nuevas formas de solidaridad que surgen y se hibridan a medio camino entre las redes primarias y las redes formales pueden darnos la pauta acerca de la necesidad y oportunidad de nuevos discursos y sujetos en clave de sostenibilidad de la vida y nuevas políticas públicas que afronten, en clave de innovación social y garantía de derechos, los nuevos riesgos sociales asociados a la vulnerabilidad individual, familiar y comunitaria. La clave estaría en individuos, familias y comunidades deseablemente liberadas de corsés moralistas o identidades excluyentes, capaces de prevenir el control punitivo o el maltrato a las personas más vulnerables y de generar capital social, cultural y cívico satisfactorio, productivo y sostenible.

Sin un caldo de cultivo para la solidaridad primaria, para el cuidado familiar, para el apoyo mutuo de proximidad, parece difícil que puedan construirse activistas y sujetos políticos que promuevan dinámicas inclusivas y políticas solidarias. La apuesta por el capital social familiar y comunitario es, en todo caso, necesaria, por su valor insustituible en sí mismo, pero también por la relevancia económica, cultural y política a escala macrosocial que acaba teniendo ese tejido social micro en el que somos cada día. El pensamiento feminista y la *ética del cuidado* nos ayudan a verlo y a practicarlo.

Es necesario, en todo caso, identificar oportunidades de investigación e intervención (estudios comparativos, investigación-acción, innovación social, proyectos piloto, diseño de políticas...) en torno, por ejemplo, a nuevas formas de conexión de la vida cotidiana de los hogares (cuidados, alimentación, energía, finanzas...) y nuevas formas de conexión, mutualismo, colaboración, reciprocidad, cooperativismo, economía alternativa y solidaria... Y en torno a la forma en que nuevos actores o agentes, nuevas dinámicas de agregación y colaboración puedan interactuar con los actores o agentes clásicos (y singularmente con el Estado) para generar nuevas dinámicas y, en definitiva, propuestas de regeneración política y ética basadas en el conocimiento y en el cuidado.

5. Bibliografía

- ALIENA, R. (2012): "Regímenes de bienestar y política social por otros medios: un marco analítico" *Comunitaria. Revista Internacional de Trabajo Social y Ciencias Sociales*, número 4, julio, páginas 9-42.
- BARRIGA, L.A. et al. (2014): *Informe sobre el desarrollo y evaluación territorial de la Ley de promoción de la autonomía personal y atención a las personas en situación de dependencia*. Madrid: Asociación Estatal de Directoras y Gerentes de Servicios Sociales.
- BAUMAN, Z. (2002): *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo del Cultura Económica.
- (2003): *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid: Siglo XXI.

- BECK, U. (2006): *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- BOFF, L. (2012): *El cuidado necesario*. Madrid: Trotta.
- BRULLET, C. (2010): "Cambios familiares y nuevas políticas sociales en España y Cataluña. El cuidado de la vida cotidiana a lo largo del ciclo de vida" *Educación*, número 45, páginas 51-79.
- CÁRITAS ESPAÑOLA (2013): *VIII Informe del Observatorio de la Realidad Social*. Madrid.
- CASADO, D. (1986): *El bienestar social acorralado*. Madrid: PPC.
- y SANZ, M.J. (2012): *Crianza saludable. Fundamentos y propuestas prácticas*. Madrid: Seminario de Intervención y Políticas Sociales (SIPOSO).
- CORTINA, A. (2001): *Alianza y contrato. Política, ética y religión*. Madrid: Trotta.
- DALY, M. (2002): "Care as a good for social policy" *Journal of Social Policy*, volumen 31, número 2, páginas 251-270.
- et al (2012): *La parentalidad en la Europa contemporánea: un enfoque positivo*. Madrid: Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad.
- DONATI, P. (2012a): "Le politiche sociali di fronte alla modernizzazione riflessiva: tra morfogenesi sistémica e morfogenesi sociale" en I. Colozzi (ed.) *Dal vecchio al nuovo welfare. Percorsi di una morfogenesi*. Milano: Franco Angeli, páginas 17-35.
- (ed.) (2012b): *La famiglia in Italia. Volume I. Aspetti demografici, sociale e legislativi*. Roma: Carocci.
- (ed.) (2012c): *La famiglia in Italia. Volume II. Nuove "best practices" nei servizi alle famiglie*. Roma: Carocci.
- DURÁN, M.A. (2012): *El trabajo no remunerado en la economía global*. Bilbao: Fundación BBVA.
- EGDELL, V. (2012) "Development of Support Networks in Informal Dementia Care: Guided Organic and Chance Routes through Support" *Canadian Journal on Aging*, número 31(4), páginas 445-455.
- FANTOVA, F. (2008): *Sistemas públicos de servicios sociales. Nuevos derechos, nuevas respuestas*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- GARCÍA, P. y BELLANI, D. (2010): *Las políticas de conciliación en España y sus efectos: un análisis de las desigualdades de género en el trabajo del hogar y el empleo*. Madrid: Fundación Alternativas.
- GIL CALVO, E. (2006): "El eclipse del capital social" *Claves de Razón Práctica*, número 164, páginas 42-49.
- GOBIERNO DE ESPAÑA (2004): *Atención a las personas en situación de dependencia en España. Libro Blanco*. Madrid: IMSERSO.
- GRACIA, E. (1997): *El apoyo social en la intervención comunitaria*. Barcelona: Paidós.
- GRANOVETTER, M. (2000): "La fuerza de los vínculos débiles" *Política y Sociedad*, número 33, páginas 41-56.
- GUÉRIN, S. (2010): *De l'État providence a l'État accompagnant*. Paris: Michalon.

- (2011): “On ne peut pas produire du care: l'exemple des aidants. Una révolution silencieuse conduite par les seniors” (en línea) *Sciences Croisées*, número 7-8 <http://sciences-croisees.com/N7-8/pro/GUERIN.pdf>
- HERRERA, M. y ROMERO, A. (2011): “El mosaico comunitarista: una propuesta analítica y tipológica” *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), número. 154, octubre-diciembre, páginas 211-248.
- HORSFALL, D. *et al.* (2012): “Bringing our dying home: How caring for someone at end of life builds social capital and develops compassionate communities” *Health Sociology Review*, número 21(4), páginas 373-382.
- JIMÉNEZ LARA, A. y RODRÍGUEZ CASTEDO, Á. (2012): *La Economía Social y la atención a la dependencia*. Madrid: Fundación Alternativas.
- JOHANSSON, S. *et al.* (2012): “Caring and the generation of social capital” *International Journal of Social Welfare*, número 21, páginas 44-52.
- LAPARRA, M. y PÉREZ ERANSUS, B. (coord.): *Crisis y fractura social en Europa. Causas y efectos en España*. Barcelona: Fundación “la Caixa”.
- MEIL, G. (2011): *Individualización y solidaridad familiar*. Barcelona: Fundación “la Caixa”.
- MOTA, R. (2009): “Los nuevos contextos de maltrato: el maltrato a los mayores” en B. Gómez Bengoechea (ed.) *Violencia intrafamiliar: hacia unas relaciones familiares sin violencia*. Madrid: Universidad Pontificia de Comillas, páginas 111-132.
- NOLAN, M. (2000): “Las relaciones cuidador-persona dependiente y la prevención del maltrato a los ancianos” en P. Decalmer y F. Gledening (comp.) *El maltrato a las personas mayores*. Paidós: Barcelona.
- OTERO, Á. *et al.* (2006): *Relaciones sociales y envejecimiento saludable*. Madrid: Fundación BBVA.
- PÉREZ GARCÍA, F. *et al.* (2008): *Estimación del capital social en España*. Bilbao: Fundación BBVA.
- PÉREZ OROZCO, A. (2010): “Crisis multidimensional y sostenibilidad de la vida” *Investigaciones Feministas*, volumen 1, páginas 29-53.
- RENDUELES, C. (2013): *Sociofobia. El cambio político en la era de la utopía digital*. Madrid: Capitán Swing.
- SALAS, L.J. (2013): *La familiarización y des-familiarización de la crianza y los cuidados de la infancia*. Medellín: Fundación Bien Humano.
- SENNETT, R. (2012): *Juntos. Rituales, placeres y políticas de la cooperación*. Barcelona: Anagrama.
- SIIS (Centro de Documentación y Estudios) (2011): *Atención centrada en la persona y atención comunitaria: revisión de estudios de coste-efectividad*. Vitoria-Gasteiz: Gobierno Vasco.
- (2012): *Políticas de apoyo a las familias en la Unión Europea y en la Comunidad Autónoma del País Vasco*. Vitoria-Gasteiz: Gobierno Vasco.
- SUBIRATS, J. y MARTÍ-COSTA, M. (2014): *Ciudades, vulnerabilidad y crisis en España*. Sevilla: Centro de Estudios Andaluces.
- TOBÍO, C. (2013): “Estado y familia en el cuidado de las personas: sustitución o complemento” *Cuadernos de Relaciones Laborales*, volumen 31, número 1, páginas 17-38.

- *et al.* (2010): *El cuidado de las personas. Un reto para el siglo XXI*. Barcelona, Fundación “la Caixa”.
- VIDAL, F. (2010): *La lucha contra la exclusión y la activación de la red de solidaridad primaria: creación de capital social y capital cultural en el plano local*. Madrid: Fundación Luis Vives.
- *et al.* (2011): “La fortaleza de la familia como pilar ante la crisis socioeconómica” en *Informe España 2011. Una interpretación de la realidad social*. Madrid: Fundación Encuentro páginas 182-236.
- ZUBERO, I. (2012): “Capital social” en EUSTAT (Instituto Vasco de Estadística) *Informe socioeconómico de la Comunidad Autónoma de Euskadi*, Vitoria-Gasteiz: Gobierno Vasco, páginas 247-279.



FUNDACIÓN FOESSA
FOMENTO DE ESTUDIOS SOCIALES
Y DE SOCIOLOGÍA APLICADA



Caritas